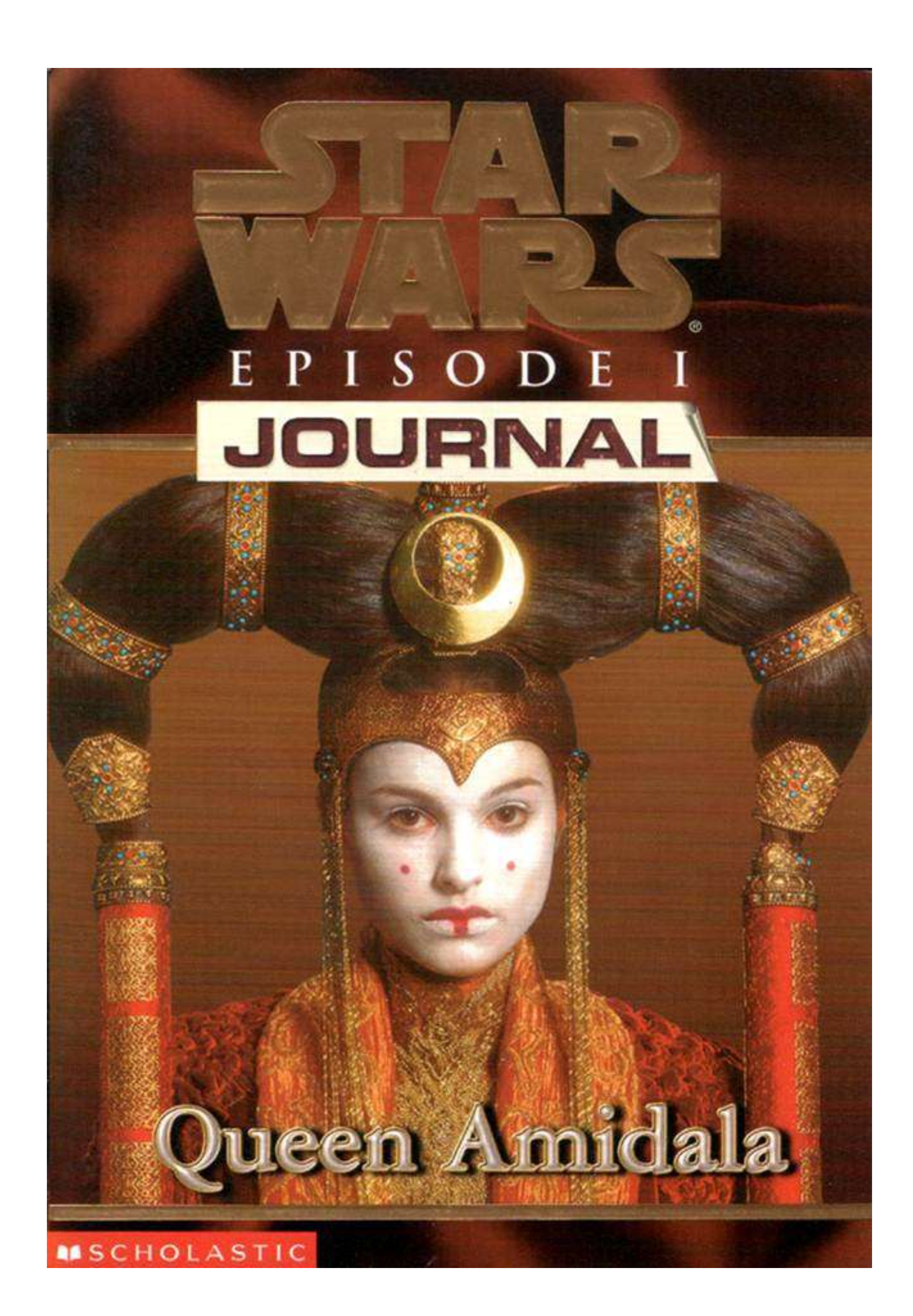

STAR WARS
EPISODE I
JOURNAL
Queen Amidala
SCHOLASTIC

Mi mundo está bajo ataque. Mi vida está en peligro. Pero debo ser fuerte. Debo salvar a mi pueblo.

Voy a disfrazarme. Voy a luchar con todo mi poder.

Nunca voy a darme por vencida.

Mi nombre es Amidala, Reina de Naboo. Esta es mi historia.



Diarios Episodio I

Reina Amidala

Jude Watson



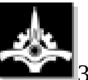
LEYENDAS

Esta historia forma parte de la continuidad de Leyendas.

Título original: *Episode I Journal: Queen Amidala*

Autor: Jude Watson

Publicación del original: junio 1999

32 años antes de la batalla de Yavin

Traducción: CiscoMT

Revisión: Bodo-Baas

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

04.05.15

Base LSW v2.21

Declaración

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars



ENTRADA 1

BLOQUEO

Localización:

PALACIO DE THEED

Soy Amidala, Reina de Naboo. Tengo catorce años. No he llegado a ser Reina siendo intimidada.

Pero mi auténtica primera crisis está aquí. Y sólo puedo admitirlo en este diario.

No sé qué hacer.

La situación está clara: La gente de Naboo está en un aprieto. La Federación de Comercio ha rodeado Naboo con naves en órbita, previniendo que ningún suministro entre o salga. Nuestros florecientes negocios de comercio han sido cortados.

La comida es escasa. Bajo la inquietante tranquilidad en las calles, percibo pánico.

La Federación de Comercio está haciendo ejemplo con nosotros. No le prestan atención a las normas o a las leyes. Y hemos sido atrapados, indefensos, mientras el Senado Galáctico habla y habla y habla.

Pero la situación está clara, los motivos no tanto. ¿Por qué Naboo? Eso es lo que no entiendo. ¿Por qué la Federación de Comercio está tan confiada en que el Senado no les detendrá?

¿Puede ser porque creen que una joven reina, recién elegida no tendría la fuerza o la astucia para resistirse a ellos?

Sólo puedo hacer la pregunta en este diario. Una reina nunca debe cuestionar su fuerza en voz alta. Debe asumir fuerzas, incluso cuando se siente insegura.

Es por eso por lo que empecé el diario. Necesito un lugar en el que meditar las posibilidades y rutas de acción. Como Reina, tengo aliados y consejeros. Pero cuando

llega a las decisiones, estoy sola. La gente me buscará a mí si mi decisión no es correcta, no a mis consejeros.

Incluso aunque escuche los consejos, escucho a mis instintos más que a nada. La mejor forma de estar al tanto de ellos es averiguando las cosas por mí misma. Así que mi consejero más cercano es este panel de datos. Cabe en un pequeño bolsillo bajo mis ropas. No voy a ninguna parte sin él. En un planeta pacífico, pienso en él como un arma secreta.

He sido paciente durante el bloqueo. He escuchado a mi Consejo de Gobernadores, que todos me aconsejan esperar. Palpatine, mi Senador, está rogando nuestro caso ante el Senado de Coruscant. Él me dice que sea paciente, también.

Pero nunca he sido buena con la paciencia. Durante cerca de un mes he esperado mientras el Senado ha debatido. Ya no estoy dispuesta a esperar.

Justo hace un par de días, contacté con Valorum, Canciller Supremo del Senado. Le dije que le estoy haciendo personalmente responsable del sufrimiento de mi gente. Cada día que se retrasa les quita el pan de las bocas de los niños hambrientos de Naboo.

Debo decirlo, Valorum se puso pálido. Podía decir por su holograma que le aturdí. Está bien. Tenía intención de hacerlo.

Al menos *hizo* algo. En este mismo momento, los embajadores Jedi se están reuniendo en secreto con el virrey de la Federación, Nute Gunray. Ese estúpido neimoidiano merece que se le enseñe una lección. Cuando el Canciller llama a los Jedi, es un asunto serio. La Federación debería temblar como hojas secas.

Pero debería haberlo oído ya. Es hora de saber qué progresos se han hecho.

MÁS TARDE

Para las comunicaciones oficiales, siempre me pongo mis túnicas ceremoniales y maquillo mi cara de un blanco muerto. Pinto mis labios de rojo y añado la marca roja de conmemoración que divide mi labio. Es una tradición en Naboo, más antigua que el recuerdo, que marca un momento de sufrimiento para Naboo, antes del Gran Tiempo de Paz.

Los atavíos oficiales no son sólo una marca de respeto a mis predecesores. Son un atajo a la autoridad instantánea. Cuando eres tan joven como yo, utilizas todo lo que tienes.

Aquí en Naboo, elegimos a nuestros gobernantes democráticamente. Al principio, cuando anuncié mi intención de gobernar, la gente se mofaba de mí. ¿Quién es esta chica, decían ellos, hija de humildes granjeros? ¿Por qué deberíamos poner nuestro destino en sus manos? Incluso aunque el Rey Veruna sea un corrupto, ¿debemos confiar en que una niña gobierne?

Ellos ignoraban el hecho de que desde una temprana edad, había sido entrenada por los mejores profesores de Naboo. Ellos ignoraban el hecho d que había servido como

gobernante de Theed, nuestra ciudad capital, durante dos años, y podía superar al Rey Veruna en cualquier debate. Y ellos ignoraban el hecho de que amo a Naboo con cada célula de mi cuerpo.

Pronto, ellos no podrían ignorar esos hechos más. Mientras viajaba por las ciudades y pueblos de Naboo, hablando y escuchando, la gente hacía algo extraordinario. Me daban su confianza. Empezaban a alardear de mi edad en lugar de burlarse de ella, el Rey Veruna fue destituido, y yo fui elegida por una abrumadora mayoría.

Les pedí su fe, y ellos la dieron. No puedo decepcionar a mi gente.

Decidí dirigir la comunicación a Nute desde la sala del trono formal, con Sio Bibble, Gobernador de Theed, y el Capitán Panaka, cabeza de las Fuerzas de Seguridad Reales, a mi lado.

Era la primera vez que contactaba directamente con Nute desde el comienzo del bloqueo. Mi estrategia era irritarle al tratarle como si no fuera importante.

Nute apareció en la pantalla de visualización. No puedo decir que encuentre a los neimoidianos una raza atractiva. Su piel es de un color verdoso apagado que no absorbe la luz. Sus ojos son de un naranja amarillento alarmante. Pero incluso siendo un neimoidiano, supongo, nunca llamaría a Nute atractivo.

—De nuevo viene a mí, Su Alteza, —dijo Nute—. La Federación está complacida.

¿Complacida? ¿Me toma por imbécil? No era difícil ver el desdén bajo sus frases diplomáticas grasientas. Me ponía furiosa.

Espera, me dije a mí misma. Una cosa que he aprendido es a no dejar que el desdén me moleste. Significa que mi oponente cree que es más listo que yo.

Una vez, el Rey Veruna también había pensado eso. Ahora está criando rocas en los Baldíos de Naboo.

—No estará complacido cuando escuche lo que tengo que decir, Virrey, —le dije—. Su boicot de comercio ha terminado.

Su sonrisa petulante no flaqueó. Él dijo que no estaba al tanto de tal fracaso.

Le solté que estaba perfectamente al tanto de que los embajadores del Canciller estaban allí. A Nute le habían ordenado alcanzar un acuerdo.

Para mi sorpresa, Nute no flaqueó de su posición. Dijo que no sabía nada de ningún embajador.

Me tomé un latido para estudiarle. Estaba mintiendo, por supuesto. Debía estarlo haciendo. Los Jedi no podían fallar.

Le dije que tuviera cuidado. La Federación había ido demasiado lejos esta vez.

Respondió que nunca haría nada sin la aprobación del Senado. Pero algo sonaba a falso en sus palabras. Sentía como si estuviera en una niebla, y no pudiera ver adelante. Pero de una cosa estaba segura: El Senado nunca aprobaría las acciones de la Federación de Comercio. Tenía que depender de eso.

No había nada por ganar al escuchar las mentiras de Nute, así que corté la comunicación y me volví hacia mis consejeros.

El Gobernador Bibble parecía nervioso. Pensaba que Nute Gunray parecía no preocuparse por los embajadores… lo que significaba que Nute debía tener algo escondido bajo la manga.

Medio escuché a Bibble. Ya estaba un paso por delante de él. Normalmente estoy un paso por delante de Bibble, pero aún así valoro su opinión. Es alguien en quien puedo confiar.

No siempre había sido así. Bibble había sido uno de mis rivales cuando iba para gobernadora de Naboo. Él me rechazó, al principio. Era uno de aquellos que decían que era demasiado joven.

Pero la opinión de Bibble se había transformado desde un rechazo casual a un respeto cauteloso a una lealtad genuina. Yo sentía lo mismo por él. Haría cualquier sacrificio por Naboo, al igual que yo.

No quería que Bibble supiera que yo estaba igual de preocupada que él. Cuando la Reina parece preocupada, los rumores comienzan, y la fe de la gente se sacude. Di una orden de contactar con el Senador Palpatine.

Me alivié cuando la cara amable del Senador Palpatine apareció en la pantalla de visualización. Rápidamente, le dije que no había señal de los embajadores.

La bienvenida de Palpatine cambió a un ceño fruncido. Estaba desconcertado. Había recibido confirmación de que los Jedi ya habían llegado.

Entonces de repente, el holograma empezó a oscilar, y su comunicación fue cortada. Sólo pude captar las palabras "mensaje" y "negociar."

El Capitán Panaka parecía serio. La Federación podía haber interferido nuestras comunicaciones. Ese era un paso atrevido. Inmediatamente, Bibble saltó a las conclusiones y gritó:

—¡Invasión!

Apenas fui capaz de mantener mi irritación a raya. Estaba sobreactuando. Tenía que estarlo.

El Capitán Panaka estaba de acuerdo conmigo. No podía imaginar que la Federación diera tal paso.

El castigo del Senado podía ser severo. El Senado podía detener los asuntos de la Federación en frío evitando que comerciaran con ningún planeta en la República Galáctica. Y los neimoidianos están más interesados en el comercio que en la guerra.

¿Así que por qué estaban arriesgando tanto?

Tomé una decisión. La única cosa que podíamos hacer era esperar. Teníamos que esperar a que el Senado actuara. Debíamos continuar negociando.

Bibble estaba nervioso. Panaka estaba serio. Bibble señaló que las negociaciones serían difíciles sin un sistema de comunicaciones ni embajadores. Eso es por lo que me gusta. Puedo contar con él para que señale lo obvio, justo cuando no quiero escucharlo.

Sabía que Bibble tenía un punto. ¿Por qué debíamos negociar, cuando la Federación había dejado claro que sólo tenían desdén por nuestras leyes y las leyes del Senado? Y el Capitán Panaka tenía razón cuando señaló que una invasión sería desastrosa para Naboo.

Tenemos muchas ventajas de nuestras generaciones de paz. Pero con ello llega una gente desacostumbrada a la guerra y una pequeña fuerza de seguridad… bien entrenada, pero que no era rival para el ejército droide de la Federación.

—No permitiré ninguna acción que pueda llevar a la guerra, —dije finalmente.

Naboo se había desarrollado y prosperado durante el Gran Tiempo de Paz. Mantener la paz es una obligación que ha pasado de gobernante a gobernante durante generaciones. Nunca dejaría que nada pusiera eso en riesgo. Las consecuencias para mi gente serían desastrosas.

Dejé la sala del trono y fui a mi cámara privada. Me quedé mirando a la ciudad de Theed. Mi ciudad.

Tengo una reputación de sabiduría, y ha sido duramente ganada. Mi secreto es simple. Aprendes más mediante el silencio. Si te quedas en silencio, si observas en lugar de actuar, otros revelan la verdad. Incluso los mentirosos acaban revelando más de lo que quieren. Añade esto al respeto que automáticamente recibes de algunas túnicas ceremoniales bastante complejas, y puedes hacerlo bien para tu gente y para tu mundo.

Incliné mi frente contra la fría ventana. Abajo, las grandes cataratas de Theed brillaban. Árboles y plantas rodeaban la plaza en miles de tonalidades de un verde vivo. Mi planeta es una joya. Desde el espacio profundo, parece una esmeralda. Es un mundo que amo. Moriría antes de ver a mi gente herida, mi mundo destruido.

¿Pero estoy escogiendo el camino correcto para protegerlo?



ENTRADA 2

INVASIÓN

He fracasado. La Federación ha invadido Naboo.

Empezó al amanecer. No estábamos preparados. ¡Por supuesto que no estábamos preparados! No hemos estado en guerra en Naboo por muchas vidas. La última guerra marcó nuestros recuerdos. Juramos entonces que la paz nunca moriría.

Los informes fluían. Los droides de combate aterrizaron en enormes ejércitos y marcharon hacia las ciudades. Agruparon a la gente y los forzaron a campos de concentración. Mucha gente se resistió, pero los ejércitos les superaron.

Puedo ver a los invasores ahora desde la ventana de palacio. Mi gente está confusa, llorando, gritando. Un droide de combate acaba de disparar a una mujer que se ha atrevido a cuestionarlo.

Debo ser fuerte. Tengo que mantener la cabeza despejada. Estarán aquí pronto. Después de que se lleven a cualquiera que pueda ayudarnos. Después de que hayan destruido toda resistencia. Entonces vendrán a por mí. Pero la Reina que encuentren no será la Reina que quieren. Incluso aunque he luchado en contra de la idea, es hora de seguir el plan del Capitán Panaka.

Soy Amidala, Reina de Naboo. Pero también soy Padmé, doncella.

He llamado a una de mis doncellas a mi cámara. Su nombre es Sabé. Ella es exactamente de mi altura y tiene los ojos marrones, como yo.

Ella es el señuelo perfecto.

Las doncellas de la Reina están en un grupo de élite. No son sirvientas, o bonitas decoraciones de la corte. Son escogidas por su coraje e inteligencia, y están altamente entrenadas en defensa. Darían sus vidas por la Reina y por Naboo.

En otras palabras, no están ahí para llenarme los vasos de néctar. Sabé es la más valiente y más lista de todas mis asistentas. También es mi mejor amiga.

Cuando me convertí en Reina, una de mis primeras reuniones fue con el Capitán Panaka para discutir sobre la seguridad. Me dijo que las doncellas eran escogidas para ser próximas a mi altura y peso. Si algún peligro surgía, cada una de ellas está preparada para ocupar mi lugar. Para ser mi señuelo.

Discutí con él. Uno de mis deberes como Reina es aceptar cualquier peligro que pueda surgir desde mi posición.

—¡No es decisión suya! —Dijo el Capitán Panaka—. Es un procedimiento de seguridad establecido.

Finalmente, aceptamos detener la discusión. Después de todo, Naboo había estado en paz durante algún tiempo. ¿Qué peligro podía amenazar a la Reina?

Ahora, aquí estaba, una amenaza más grande de la que siquiera pudiéramos haber imaginado. Y aunque estoy preparada para enfrentarme a mil ejércitos droides, tengo que detenerme y preguntarme qué es mejor para Naboo. Mi captura heriría a mi gente. Si supieran que he escapado, les podría dar esperanzas. Y puedo trabajar para liberarles.

Llamé a Sabé, y ella entró en silencio. Simplemente nos miramos la una a la otra por un momento. Las lágrimas brillaban en sus ojos pero no cayeron. En su cara estaba escrita la misma pena que estaba escrita en la mía. La misma rabia enfermiza. A través del grosor de las paredes de palacio, podíamos escuchar los sonidos del ejército droide y su marcha despiadada hacia nuestra amada ciudad.

—Es la hora, —le dije—. Tengo que pedirte algo que no tengo derecho a pedirte. Actuar como Reina te pondrá en un grave peligro.

Ella no flaqueó. Dio un vistazo por la ventana, a los droides de combate rodeando la plaza.

—Estoy preparada para lo que sea que ocurra, Su Alteza, —dijo ella silenciosamente.

—Padmé, —la corregí suavemente. Intercambiamos sonrisas tristes.

Apenas tuvimos tiempo de pintar su cara de blanco y sus labios de carmesí. Saqué una capa impresionante con plumas negras y Sabé se la puso. Perfecto.

Entonces me quite el amuleto que siempre llevo alrededor de mi cuello. Mis padres me lo dieron cuando me fui para tomar el Gobierno de Theed. Es una piedra que mi padre encontró en nuestras tierras. Mi madre diseñó el engarce.

El amuleto lo significa todo para mí. Todo el amor y la protección que mis padres me dieron están concentrados en esa suave piedra. Le dije a Sabé que lo llevara.

Sabé dio un paso atrás, ya sacudiendo su cabeza. Ella sabía lo que el amuleto significaba para mí. Pero yo insistí.

—Tómalo, —dije—. Es todo lo que tengo para darte.

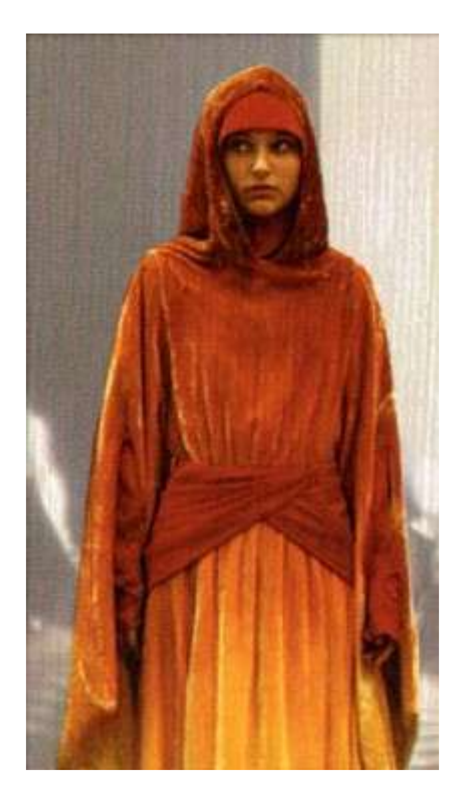
Rezo por que la proteja. Lo volveré a llevar cuando Naboo sea libre.

MÁS TARDE

Me he colocado el vestido más simple de Padmé. Los droides de combate están fuera en el pasillo.

El propio Nute Gunray está aquí. Requiere la presencia de la Reina en la sala del trono.

Estoy preparada. No sé cuándo seré capaz de registrar mi próxima entrada. O dónde estaré.



ENTRADA 3

CAPTURA

Localización:

NAVE ESTELAR REAL DE LA REINA

Tendré que robar tiempo para este diario a partir de ahora. Ya no estoy actuando como la Reina. Las doncellas son interrumpidas a cada momento.

Estoy a bordo de la nave de transporte de la Reina. Cómo llegué aquí aún es increíble para mí.

Pero déjame empezar desde el principio.

Los droides de combate nos escoltaron a la sala del trono, donde el Virrey Nute Gunray esperaba. Con él estaban Sio Bibble, el Capitán Panaka, y cuatro de sus oficiales. Nute estaba en medio de la sala con su secuaz Rune Haako.

He entrenado a Sabé para lo que vendrá. Podía adivinar todo lo que Nute diría. No era inteligente. Seguía el libro. Finalmente, saltaría a las amenazas.

—La he traído aquí con un propósito, Reina Amidala, —comenzó él.

—No he sido *traída*, —dijo Sabé, su voz cortando como una espada—. Esta es mi sala del trono. No reconozco tu autoridad, Nute Gunray.

¡Un punto para Sabé! Mantuve mi cabeza gacha de forma que Nute no pudiera ver la satisfacción en mis ojos.

Nute parecía furioso. Esgrimió un papel y le dijo a Sabé que tenía que firmar un tratado que legitimara la ocupación de la Federación. Le habían asegurado que el Senado lo ratificaría.

¿Asegurado por quién? Me pregunté. ¿O estaba mintiendo Nute?

Sabé le dijo fríamente que no cooperaría. Nute no parecía preocupado.

—Creo que lo hará cuando vea lo que tenemos reservado a su gente, Su Alteza. —Él se acercó, llevando su sosa cara verde cerca de la suya. Sabé no flaqueó—. He oído que la Reina es compasiva al igual que sabia. No le gusta ver sufrimiento.

—Haz lo que tengas que hacer. ¡Nunca me rendiré! —Sabé escupió las palabras.

Bien, pensé. Su tono fue exactamente tan desdeñoso como lo habría sido el mío.

Nute se giró, haciendo una muestra de estar aburrido. Hizo un gesto de manos hacia los droides y les dijo que nos llevaran al Campamento Cuatro.

Fuimos forzados desde el palacio hasta la plaza. Normalmente, está abarrotada a esta hora del día. Gente tomando el aire, vendedores de fruta, y músicos. Estaban en campamentos ahora, y la plaza estaba llena de tanques y droides de combate. La furia en mi pecho se multiplicó y se elevó hasta que pude sentirla como un sabor amargo en mi boca.

Marchamos pasando los tanques, hacia el lateral de la plaza. El silencio de la ciudad presionaba contra mis oídos. Podía escuchar el zumbido de los tanques, el zumbido de los cazas STAP[1] por encima. Los sonidos de una ciudad ocupada.

Dentro de mí, la frustración y la pena luchaban con la culpa. ¿Esto era culpa mía? ¿Había sido inocente?

Me dije a mí misma que la culpa sólo me frenaría. Y al final, sin importar lo que pudiera haber hecho o no, no importaba. Es mi culpa. Soy Reina.

Hago este juramento aquí. Nunca me cogerán de nuevo desprevenida.

Giramos una esquina hacia una angosta calle de la plaza. De repente, dos hombres aparecieron, aparentemente de la nada. Uno de ellos era bastante corpulento, con una cara robusta y despejada, unos ojos azules perforantes. El hombre más bajo era más joven y delgado. Se movían con facilidad, pero sentí el poder en su tranquilidad.

Entonces una cabeza similar a una rana apareció sobre el hombro del más alto. Para mi sorpresa era un gungan. Un gungan muy nervioso. Rápidamente volvió a agacharse.

El hombre alto habló primero. Preguntó a Sabé si era la Reina Amidala de Naboo.

El sargento droide movió a los droides de combate y les ordenó que despejaran a los hombres.

De repente, los dos hombres desenfundaron sables láser de debajo de sus túnicas. Cortaron a los droides de combate como si estuvieran cortando la cena.

El sargento droide de combate era el único que quedaba en pie. Vaciló, entonces se giró y empezó a correr.

---

[1] Single Trooper Aerial Platorm (Plataforma Aérea de Soldado Único)

El hombre poderoso alzó una mano. El droide cayó hacia atrás como si una mano invisible tirara de él. Entonces, casi casualmente, el hombre se encargó de él con el sable láser.

Todo esto acabó en el espacio de dos latidos.

—Guausa, —suspiró el gungan.

El hombre alto se presentó como Qui-Gon Jinn y su compañero como Obi-Wan Kenobi. Ya había supuesto quienes eran: los embajadores Jedi.

Se decidió rápidamente que alguien debía ir y alertar al Senado. Primero, teníamos que encontrar transporte. Los droides de combate estaban por todas partes, pero el Capitán Panaka nos llevó hacia el hangar por una ruta de retorcidos callejones traseros.

Al menos cincuenta droides de combate estaban protegiendo la nave, pero Qui-Gon dijo que no sería un problema.

El Capitán Panaka le lanzó una mirada, entre el respeto y la incredulidad. Había oído hablar de los Jedi, por supuesto, pero nunca había conocido a ninguno. La calma de Qui-Gon ante las grandes probabilidades mandó una sacudida de esperanza a través de mí.

A no ser que estuviera loco, por supuesto.

Había esperado que los Jedi dejaran en paz a Naboo para contactar con el Senado. Pero para mi sorpresa, Qui-Gon le dijo a la Reina que debería ir a Coruscant con ellos. Por supuesto, Sabé se negó.

—La matarán si se queda, —dijo Qui-Gon. Podía ver en sus ojos que no estaba tratando de asustar a la Reina. Estaba afirmando algo que conocía como un hecho.

—¡No se atreverán! —protestó Sio Bibble.

—La necesitan para firmar un tratado para hacer la invasión legal, —añadió el Capitán Panaka.

Escuché las opiniones de mis consejeros, pero mantuve mis ojos sobre Qui-Gon. Él registró lo que decían, pero su mirada permaneció firme en la Reina.

—Hay algo tras todo esto, Su Alteza, —le dijo a Sabé—. Estoy preocupado por la ilógica de la invasión.

Al igual que yo, pensé.

—Mis sentimientos me dicen que la destruirán. Entonces pueden colocar a otro gobernador que firme el tratado.

Fui abatida. Sabé vaciló.

Sio Bibble le dijo a la Reina que debía ir. El Capitán Panaka insistió en que era demasiado peligroso. Sabé se giró hacia sus doncellas. Su mirada descansó sobre mí un poco más. *Ordéname*, rogaba ella.

El Capitán Panaka era valiente y sabio. A menudo dependía de su consejo. Pero las palabras del Jedi sonaban ciertas.

Si me iba, parecería como si estuviera huyendo. La Federación podía utilizar eso. Dirían que era una cobarde que abandoné a mi gente por mi propia seguridad.

Pero si me quedaba, ¿qué podía hacer? ¿Luchar una batalla desesperanzada contra las grandes probabilidades?

No. Tendré que dejar atrás a todo el mundo que amo. Tendré que viajar lejos, incluso mientras ellos son apiñados en campamentos como animales. Mis amigos, mi familia…

Tendré que encontrar una forma de soportar ese dolor.

Encontré la mirada de Sabé.

—Somos valientes, Su Alteza, —dije yo, lo que le quería decir, *¡Ve!* Sentí una puñalada de angustia, como si corazón se partiera en dos.

MÁS TARDE

Para continuar: Vi mi primera batalla real en el hangar. Los droides de combate estaban protegiendo a los pilotos de Naboo. Necesitaríamos a uno de ellos para que pilotara el transporte. Sin un parpadeo de preocupación, Obi-Wan silenciosamente dijo que los liberaría.

Señalé a Sabé con mis ojos, y ella escogió a Eirtaé, a Rabé, y a mí para dejar Naboo con ella. Yané y Sache iban a quedarse atrás. Ellas son las más jóvenes y las más recientes en mi servicio. Ruego que estén a salvo con el Gobernador Bibble.

Qui-Gon nos dijo que siguiéramos caminando, sin importar qué. Caminamos con propósito hacia el transporte de la Reina. Al principio, nuestra osadía confundió a los guardias. Mientras tanto, Obi-Wan se dirigió hacia los pilotos capturados y la tripulación.

No podía imaginar cómo seríamos capaces de escapar de este número de droides de combate, pero seguí caminando. El corazón palpitando, los ojos al frente.

Entonces fuimos desafiados por un droide de combate. Qui-Gon le respondió educadamente, pero nunca dejó de caminar. El droide anunció que estábamos bajo arresto y desenfundó su bláster.

No tuve una oportunidad de coger aliento. El droide de combate de repente era un montón de metal y partes en el suelo. Qui-Gon nunca rompió el paso.

Pero los otros droides estaban alertados ahora, y corrieron hacia él. El sable láser de Qui-Gon era un borrón de luz y movimiento. Uno tras otro, los droides fueron desmembrados y desmantelados. Corrimos hacia el transporte mientras Qui-Gon reflejaba el fuego de la batalla.

Mientras tanto, Obi-Wan despejó los guardias de alrededor de los pilotos, su sable cortando a través de ellos, rajando, atacando. Los pilotos corrieron hacia la nave.

La batalla acabó antes de empezar. ¡Dos Jedi contra tantos droides! Aún no puedo creerlo, y yo estaba allí.

Las alarmas empezaron a sonar. Logramos subir a bordo mientras más droides entraban al hangar. Despegamos en mitad del fuego pesado. Sólo tuve tiempo de ver a Sio Bibble siendo capturado mientras el transporte se alzaba fuera del hangar con Ric Olié en los controles.

Pero no estábamos a salvo aún. Aún había que encargarse del bloqueo. Tuvimos un viaje de giros, esquivadas y ruedos a través del fuego pesado. Metida en el cuarto de la

Reina, no podía monitorizar lo que estaba sucediendo en la cabina de mandos. Era enloquecedor. Una vez, la energía parpadeó, y pensábamos que estábamos perdidos. Pero aparentemente uno de los droides nos salvó al reactivar los escudos de defensa.

La nave está en una ruta firme ahora. Estamos fuera del sistema Naboo. Tengo que frenarme de correr a la cabina de mandos y ordenarles que me lleven de vuelta. Cuando cierro mis ojos, veo droides de combate irrumpiendo en el hogar de mis padres. Veo tanques en la ciudad de Theed. Veo sangre en las fuentes, y niños con miradas aturdidas, en blanco.

Pero no hay vuelta atrás. Tengo que vivir con esta decisión. Las consecuencias son mías.

He recibido un entrenamiento intensivo. He estudiado la historia y cultura galáctica, la filosofía gubernamental, y la estrategia militar. A veces mis ojos arden y mi cabeza se siente como si fuera a explotar. Y pensé, con todo ese entrenamiento, que estaba preparada para ser Reina.

Pero nada me había preparado para esto.

Así que abro mis ojos. Me trago la enfermedad de mi interior. Tomo toda esa furia indefensa, cegadora y la convierto en resolución. Los derrotaré. Veré a mis enemigos rendirse.

Siguiente parada, Coruscant. Debo pensar en estrategias y planes ahora, porque…

MÁS TARDE

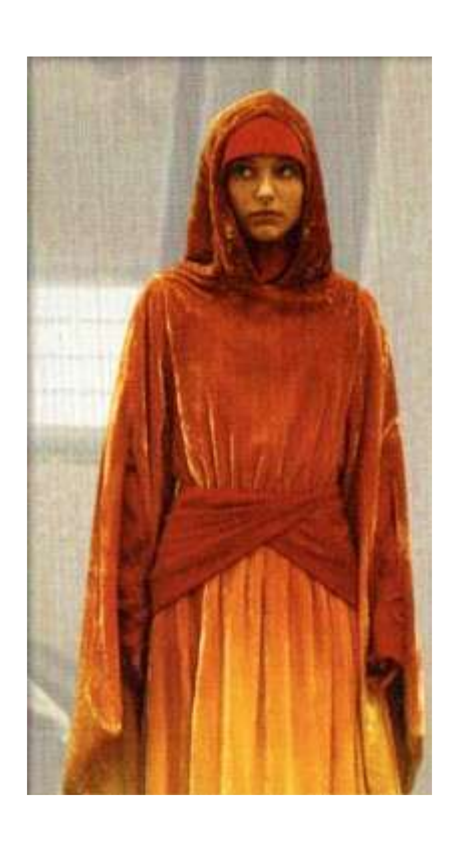
Hablo demasiado pronto. Qui-Gon, Obi-Wan, el Capitán Panaka, y Ric Olié nos han informado de que nuestro hipermotor tiene una fuga. No tenemos suficiente energía como para alcanzar Coruscant. Debemos aterrizar en un planeta llamado Tatooine en busca de reparaciones.

Sabé asintió aceptando. Quería gritar. ¡Un retraso ahora podía costar muchas vidas!

No tenemos elección, dicen ellos. Tatooine es aparentemente nuestra mejor baza. Es remoto, más allá del alcance de la Federación de comercio. Pero está siendo gobernado por gánsteres y ladrones.

Naturalmente, el Capitán Panaka está preocupado. Cree que deberíamos encontrar otro planeta en el que aterrizar. Pero Qui-Gon quiere que confíe en él. Otra vez.

No tengo nada en contra de Qui-Gon. Pero de ahora en adelante, nunca confiaré en un Jedi. Si un equipo de tierra deja esta nave en Tatooine, me voy a ir con ellos.



ENTRADA 4

TODO ES NUEVO Y EXTRAÑO

Ahora que soy Padmé, la Reina puede ordenarme hacer tareas. Le dije a Sabé que debe hacerlo, o parecerá sospechoso. ¿Pero obtiene Sabé algún pequeño placer de decirme que limpie un droide astromecánico?

Quizás. Ella sólo es humana. En realidad, una vez que empiezo, no me importa la tarea. Me gusta trabajar con mis manos. Aparta mi mente de la impaciencia. Y después de todo, el droide me salvó la vida.

Su número es R2-D2. Aparentemente se quedó fuera del casco de la nave, trabajando para arreglar los escudos reflectores bajo el fuego pesado. Limpié el hollín y el residuo de fuego, entonces fui a trabajar con un pulidor. La unidad R2 zumbó bajo mis manos.

—Mereces un buen pulido, —le dije—. Buen trabajo.

Él bipeó feliz.

De repente escuché un fuerte "¡Holiola!" El ruido nos asustó, y ambos saltamos.

Era el gungan, Jar Jar. Él es el primer gungan que he visto de cerca. Es tan extraño que compartamos un mundo. Supongo que ya que los gungans son moradores de los pantanos necesitan rasgos anfibios para sobrevivir. El gungan tenía una boca en pico como un pato y unas largas orejas colgantes. Tenía una larga lengua que solía salirse fuera de su boca, como si probara el aire.

Él me dio la lata de aceite y se me presentó… un gesto amistoso.

—Nosa cuasi en planeta Tatooine, —me dijo él. Se inclinó más cerca. Sus ojos encapuchados eran compasivos y llenos de pena—. Misa buy asustuado.

Fui abatida. Nos enseñan a pensar que los gungans son bárbaros. Pero este era tan gentil como un niño. Le di unos golpecitos en su fría mano gomosa. Le dije que estaba segura de que todo iría bien.

—Misa no tantuo, —dijo él con un suspiro.

Oculté mi sonrisa. Aunque compartimos un mundo, los naboo y los gungans no nos mezclamos. La mayoría de los naboo creen que la raza gungan es inferior a ellos. De modo que me interesaba estar cara a cara con uno. ¿O debería decir cara a morro?

Si hubiera conocido a un gungan como reina, habría tenido que llevar mis modales más imponentes como una túnica brillante. Pero como Padmé, estaba encantada.

No puedo evitarlo. Me gusta.

MÁS TARDE

ESPACIOPUERTO DE MOS ESPA, TATOOINE

¡Se han ido sin mí! Debía haber previsto esto. ¿Por qué alertarían a una doncella cuando estaban preparados para irse? Tuve que correr para alcanzar al Capitán Panaka y hacer que me llevaran a ellos.

Los alcanzamos a una corta distancia de la nave. Panaka les dijo que la Reina había preguntado personalmente si yo podía ir con ellos. Pude ver que Qui-Gon estaba molesto, pero asintió. Supe que lo aceptaría. Soy una buena cobertura para él. Con Jar Jar, Erredós, y conmigo, no parecería amenazante.

El planeta de Tatooine es totalmente distinto a Naboo. Mi planeta está lleno de verde vegetación y flores floreciendo. Nuestros ríos y arroyos corren limpios y dulces, volcándose en cataratas tan delicadas como lazos.

Tatooine es polvo. Polvo, y un calor cegador de los dos soles por encima. No hay vegetación de la que hablar, sólo rocas. Las rocas forman cañones profundos, que se alzan a tu alrededor y a veces bloquean el cielo.

¿Quién escogería tal planeta para vivir en él?

Tuve mi respuesta cuando alcanzamos Mos Espa: criminales y renegados. Extrañas criaturas de todas partes de la galaxia se sentaban en los cafés que perfilaban las calles, jugando y gritando. El ruido, combinado con el calor, me hacía sentir mareado. Las calles eran angostas y abarrotadas de banthas bramando y varias otras formas de vida. Ninguna de las cuales, debería añadir, tenía ninguna inclinación de conocer mejor.

Jar Jar estaba aterrorizado. Se pegó a Qui-Gon, prácticamente caminando tras sus talones. Yo misma estaba nerviosa. Pero también estaba interesada. No había visto mucho de los mundos lejos del mío. Este es tan diferente. Ruidoso, polvoriento, peligroso… es todas esas cosas. Pero también está abarrotado de vida.

Qui-Gon me dijo que el planeta está controlado por Jabba el Hutt, probablemente uno de los personajes más desagradables de la galaxia. Los desiertos son notorios para los carroñeros, principalmente jawas. Los moradores habituales son granjeros de humedad. Ellos son los que tienen una vida dura, porque son honestos.

—El par de espaciopuertos como este están llenos de gente que no quieren ser encontrados, —dijo él.

—Como nosotros, —señalé yo.

Qui-Gon me dio una mirada huidiza de respeto.

—Supongo. —Entonces sus ojos volvieron a barrer la calle. Él es un hombre que desprende un aura de calma profunda. Aún así es la presencia más alerta que he experimentado nunca. Me siento segura con él.

Nos detuvimos en una pequeña plaza. Un grupo de vendedores de chatarra andrajosos agachados a nuestro alrededor. Un par de las tiendas más grandes hacían un intento de ser presentables. Al menos parecía como si no fueras a poner tu vida en tus manos al caminar a través de la puerta.

Qui-Gon señaló hacia una tienda más pequeña, de aspecto más ignominioso.

Me mordí el labio para evitar soltar, “No.” Amidala habría discutido con él. Pero Padmé deja estar las pequeñas cosas.

Esta no es la primera vez que me ha sucedido que Padmé a veces es más lista que la Reina.



ENTRADA 5

ANAKIN

Nos agachamos a través de la entrada y nos encontramos en una tienda polvorienta, abarrotada. Trozos de metal, circuitos, partes de speeder, partes de droides, paneles de control, compresores, y herramientas abarrotaban cada estante y caían al suelo.

De repente, una pequeña criatura azul gorda con unas alas zumbantes voló hacia nosotros. Exigió algo en un lenguaje áspero que no reconocí.

Qui-Gon le dijo que necesitábamos partes para un Nubian 327 de tipo J. Ante la perspectiva de una venta, la criatura azul inmediatamente se volvió educada y ofreció cualquier ayuda que pudiera.

Gritó duramente en un extraño lenguaje, y un chico apareció. El chico era delgado y vestía unos atavíos burdos. También parecía como si necesitara un baño. Pero sus ojos oscuros perforadores brillaban con una curiosidad feroz, dándole una mirada de inteligencia.

Qui-Gon y el dueño de la tienda hablaron por un momento. Entonces la criatura azul sacó a Qui-Gon y a Erredós a buscar partes. Me quedé en la tienda con el chico y Jar Jar.

Merodeé alrededor, mirando a los bienes. No podía imaginar lo que alguien podría querer de esa chatarra. El chico se sentó en el mostrador. Sacó un trapo y empezó a limpiar un objeto de metal. Vi que me estaba lanzando miradas a cada oportunidad. Quizás la criatura de morro azul le había dicho que vigilara por si robaba. Su mirada era enervante, más la de un hombre que la de un chico.

—¿Eres un ángel? —me preguntó de repente.

Me giré, sorprendida, y le pregunté qué quería decir.

—Los pilotos del espacio profundo hablan de ellos, —dijo él—. Viven en las lunas de Iego, y son las criaturas más hermosas del universo.

¿Hermosa? Paso tanto tiempo tratando de parecer digna. No pienso demasiado en la belleza. A decir verdad, cuando la gente se refiere a mí como hermosa, normalmente voy vestida como la Reina Amidala. Y no puedes tomarte un cumplido en serio si eres una reina. Todo el mundo te halaga. Todo el mundo quiere algo. Sólo un imbécil escucharía.

Pero tengo que admitir que estaba complacida con el cumplido de este chico divertido.

Me dijo que escuchaba las charlas a su alrededor. Los pilotos espaciales y los piratas y los comerciantes visitaban la tienda. Él mantenía sus oídos abiertos.

—Y algún día, —dijo él con gran convicción—, me iré volando de aquí, también.

Le pregunté si era un piloto. Parecía muy joven para volar.

Me dijo que había sido un piloto toda su vida. Traté de ocultar mi sonrisa. Quería provocarle, preguntarle si había pilotado un speeder cuando era un bebé, pero hablaba en serio. Heriría sus sentimientos, pensé. Así que le pregunté cuánto había vivido en Tatooine.

Él había vivido aquí desde que tenía tres años. Él y su madre habían sido vendidos a Watto, la criatura azul.

Estaba tan sorprendida que solté la pregunta.

—¿Un esclavo?

Y herí sus sentimientos, después de todo.

—¡Soy una persona! —exclamó él—. Me llamo Anakin.

Qué lugar tan extraño es Tatooine. Granjeros que cultivan agua. Piratas y ladrones. Y chicos que son esclavos.

Detrás de mí, Jar Jar por error activó un droide. Se lanzó por los alrededores, volcando objetos de los estantes. Entonces golpeó de pleno una pila de partes, que cayó al suelo. Anakin gritó a Jar Jar que golpeara el morro del droide.

Jar Jar lo hizo, pero parecía tan asustado y cómico que Anakin y yo estallamos en risas. El sonido era extraño para mí. Había pasado tanto tiempo desde que había reído.

Qui-Gon caminó de vuelta a la tienda y me hizo señas. Yo corrí tras él.

—¿Tiene la parte que necesitamos? —pregunté ansiosa.

Qui-Gon asintió mientras sacaba su comunicador.

—Y el toydariano va a cargarme una fortuna por ella, —dijo él.

Él puso a Obi-Wan en el comunicador. ¿Había algo a bordo que pudiéramos vender o cambiar? Podría haberle dado la respuesta. Sólo mi ropero, lo cual sería inútil. Nunca mantenía nada de auténtico valor en el transporte. Cargaríamos lo que necesitáramos para el viaje. Pero por supuesto no teníamos tiempo de pensar en tales cosas cuando nos fuimos de Naboo.

Otra cosa que debí haber visto venir. Otra preparación que no hice.

Qui-Gon se deslizó el comunicador de vuelta en su bolsillo.

Debió haber visto la preocupación en mis ojos.

—Otra solución se presentará, —dijo él de inmediato—. Ya lo veremos.

Ojalá tuviera su paciencia. Ahora estamos atrapados en Tatooine. Sin duda la Federación de Comercio ha mandado tropas a rastrearme. Cada segundo que estamos aquí nos pone en peligro, y Naboo sigue encadenado.

Tenemos que encontrar una forma. Debo llegar a Coruscant, y pronto.



ENTRADA 6

EL DESTINO ES UN ENREDO

Qui-Gon nos llevó de vuelta al mercado de Mos Espa. No podría decir qué estaba pensando. Escaneó los grupos de jugadores y pilotos discutiendo. ¿Qué estaba buscando?

Cuando le pregunté, él sólo dijo tersamente:

—Un camino.

Mientras tanto, Jar Jar se quedó atrás. Lo perdimos de vista, y fue un error. Supimos más tarde que Jar Jar fue tentado por un mostrador de ranas en un puesto. Su larga lengua salió un capturó una. De lo que no se dio cuenta era de que la rana aún estaba atada a un cable para evitar tales robos.

Cuando el tendero salió de la tienda, exigiendo un pago, Jar Jar abrió su boca y la rana saltó lejos. La tensión del cable mandó la rana hacia un bol de sopa, salpicando a la criatura que se lo estaba comiendo. Esta criatura sucedió que era de uno de los tipos más desagradables de Mos Espa, que era decir mucho. Jar Jar parecía atraer la mala suerte.

La criatura atacó a Jar Jar. Para entonces, Qui-Gon y yo habíamos oído la conmoción. Nos giramos justo a tiempo para ver a Anakin caminar entre la enorme criatura, similar a una araña y al gungan.

En lugar de acelerar para ayudar, Qui-Gon ralentizó. Su expresión se volvió aguda mientras observaba a Anakin tratar con la situación. Para cuando Qui-Gon, Erredós, y yo los alcanzamos, la criatura —un dug llamado Sebulba— se había ido enfadado.

Qui-Gon le dio las gracias a Anakin y le dio a Jar Jar una mirada de advertencia.

—¡Misa echio nata! —protestó Jar Jar.

—El miedo atrae a los miedosos, —explicó Anakin—. Estaba tratando de superar su miedo aplastándote. Ten menos miedo.

Le pregunté a Anakin si eso funcionaba con él, y él dijo que sí… hasta cierto punto.

Era un punto de vista muy maduro para un chico. De nuevo, me sentí aturdida por la mente despejada de Anakin. *El miedo atrae a los miedosos*.

El viento de repente se levantó. Lo abrupto y la ferocidad de él nos sorprendió. El polvo volaba hacia mis ojos, haciendo que escocieran.

Anakin nos preguntó si teníamos refugio, y Qui-Gon explicó rápidamente que lo teníamos, en las afueras de la ciudad.

Anakin parecía preocupado. Estaba demasiado lejos. No sabíamos lo feroces que podían ser las tormentas de arena en Tatooine. Tuvimos que ir con él a su casa.

Miré a Qui-Gon. Incluso mientras vacilaba, la fuerza del viento se levantó, llevando la arena contra nuestras ropas y piel. Jar Jar gimoteó asustado, y Qui-Gon señaló con la cabeza a Anakin.

No podía ver la calle tras nosotros, o lo que había por delante. Todo era un borrón. Mientras seguía a Anakin, me acordé de mi abuela diciéndome: “El destino es un enredo. Sigue un hilo.”

Su nombre era Winama. Murió el año pasado. No era una granjera como su hijo, mi padre. Ella siempre prefirió la vida en la ciudad. Yo viví con ella en Theed durante mi entrenamiento. Era una tejedora.

Esos son los hechos que puedo contaros sobre Winama. Pero los sentimientos son otra cosa. Cuán cercanas éramos, y qué divertida era, y cómo me daba la sensación de que podía hacer cualquier cosa.

Pero ella tenía un hábito de salir con dichos que nunca entendí del todo. Ella lo sabía, también. Ella sabía que yo era impaciente con ella. Sabía que en mi cabeza estaba preguntándome. *¿Qué quiere decir eso?*

Ojalá pudiera hablar con ella ahora. Ojalá pudiera decirle: *Winama, creo que estoy empezando a entender.*

La echo tanto de menos. Pero si supiera que Winama está en un campo ahora mismo, no creo que pudiera soportarlo.

Me puse la capucha a mi alrededor y me cubrí la boca. Estaba ahogándome con el polvo y la arena. Cerré mis ojos hasta casi unas franjas. Nunca había sentido un viento tan fuerte antes. La tormenta manchó los dos soles y convirtió el aire en una fuerza hiriente. Anakin sostuvo mi mano con firmeza, llevándonos a través de la tormenta ululante hasta estar a salvo. Y mientras lo hacía, tuve la extraña sensación de que había conocido un hilo de mi destino.

MÁS TARDE

Anakin nos llevó al cuarto donde vivían los esclavos. Sólo podía entrever los edificios, pequeños y andrajosos y construidos en lo que parecía ser arena mezclada con una sustancia más dura. Apiladas las unas sobre las otras, las estructuras parecían más cubículos que casas.

Anakin se detuvo enfrente de una cabaña que parecía idéntica a las otras. Esperó hasta que se aseguró de que estábamos todos juntos. Entonces rápidamente empujó la puerta para abrirla y nos urgió a atravesarla. Corrimos dentro para que la arena no entrara.

¿Cómo es la casa de un esclavo?

No sabía qué esperar. Mi primera impresión fue *atenta*. Alguien aquí había cogido una estructura similar a una cueva y había dedicado tiempo y amor a ella. Parecía limpia y recogida. No había muchos muebles, pero parecía robusta y bien resguardada.

La cocina era pequeña, con sólo un par de ollas para cocinar. Podía ver alcobas que probablemente llevaban a los dormitorios.

—Essa cogiedor, —dijo Jar Jar con alivio. Tuve que estar de acuerdo.

Anakin llamó a su madre. Una mujer mayor que tenía unos ojos de la misma calidad perforante que Anakin salió de una alcoba. No pudo enmascarar su sorpresa al ver su cabaña llena de extraños polvorientos y un droide.

—Estos son mis amigos, —dijo Anakin rápidamente—. Esta es Padmé, y… y…

La madre de Anakin esperó, una ceja alzada. *¿Y por qué has traído extraños a nuestra casa?* Parecía decir. Ya que había visto lo peligroso que era el mundo de Tatooine, no la culpaba.

—Necesitan refugio, —dijo Anakin, señalando a la ventana. Podíamos escuchar la arena golpeando contra ella.

Qui-Gon rápidamente dio un paso y nos presentó a todos. La mujer nos dijo que se llamaba Shmi Skywalker. No tuve ocasión de escuchar nada más porque Anakin me arrastró hacia su alcoba. Se había convertido en un chico joven de nuevo, ansioso por enseñarme sus proyectos.

Debo admitirlo, estoy impresionada. Ha diseñado un droide de protocolo de partes de desecho. El droide no tiene cubierta aún, y sólo tiene un ojo. Pero la programación parece buena. Se llama Ce-Trespeó.

—También estoy construyendo una Vaina de carreras— se jactó Anakin.

Aún así no era un alarde vacío. Este chico tiene talentos más allá de su edad.

Cuando volvimos a la sala principal para la comida, me di cuenta de lo a menudo y lo cálidamente que los ojos de Shmi descansaban sobre Anakin. Hay amor en esta casa, puedo verlo. Pero también hay cierta tristeza. Algo acecha en los ojos de Shmi que no entiendo.

Qui-Gon está observando, también. Observa más aún que yo, si es posible. Pero parece reunir las piezas. Yo simplemente me muevo entre ellas y trato de averiguar los significados.

¿Qué ve él que yo no?



ENTRADA 7

UNA SALIDA

Anakin había tenido razón sobre la tormenta. Rabió durante toda la tarde y noche. Nunca habríamos logrado volver a la nave.

Mientras nos comíamos nuestra sopa simple, tratamos de ignorar el viento de fuera. Sobre el ruido de sorber de Jar Jar, Anakin y su madre trataron de darnos una imagen de cómo eran sus vidas. Anakin estaba animado, diciendo que encontrar a Watto había sido buena suerte. La criatura azul estaba lejos de ser amable, pero al menos no golpeaba a sus esclavos.

Shmi tenía un punto de vista más práctico de la situación.

Como esclavos, no tenían permitido viajar sin permiso. Se les asignaban moradas. Ella añadió que también tenían un dispositivo de transmisión implantado en sus cuerpos. Si hacían algún intento de escapar, serían explotados.

—No entiendo, —dije yo—. La esclavitud no está permitida por la República. Hay leyes anti-esclavismo…

Shmi me cortó.

—La República no existe aquí afuera, —dijo ella abruptamente—. Debemos sobrevivir por nuestra cuenta.

Miré a mi plato, confundida y avergonzada. Mi vida no siempre ha estado llena de riquezas. He trabajado la tierra. He estudiado y luchado. Pero ahora sé que nunca había visto el tipo de esfuerzo duro al que se enfrenta Shmi, sólo para sobrevivir un día.

He puesto toda mi fe en la República. Sus leyes están formalizadas, reforzadas a través de las galaxias. Aún así hay lugares, mundos enteros, donde son ignoradas.

¿Estoy poniendo demasiada fe en el Senado? Es todo lo que tengo. ¿Pero depender de ello para corregir los errores de Naboo es pedir demasiado?

Anakin rompió el silencio, preguntando si había visto alguna vez una Carrera de vainas. Por supuesto, no la había visto.

Qui-Gon habló para decir que él sí. Eran extremadamente peligrosas. Anakin orgullosamente respondió que él es el único humano que es capaz de hacerlas.

Qui-Gon le dio una larga mirada. De nuevo, tuve la sensación de que estaba reuniendo las piezas.

—Debes tener reflejos de Jedi, —dijo él.

Anakin se ruborizó, complacido. Justo entonces, Jar Jar trató de robar un bocado de comida del bol común con su larga lengua. En un flash, Qui-Gon extendió el brazo y agarró el extremo de su lengua. El movimiento fue más rápido que el ojo. Anakin le miró, sorprendido.

Y entonces preguntó si Qui-Gon era un Jedi.

—¿Qué te hace pensar eso? —respondió Qui-Gon.

Anakin le había dicho que había visto la espada láser de Qui-Gon. Qui-Gon sugirió que había matado a un Jedi y se la había robado.

—Nadie puede matar a un Caballero Jedi, —dijo firmemente Anakin.

Una mirada llegó por la cara arrugada de Qui-Gon. Serio. Triste.

—Ojalá fuera así.

Anakin nos dijo que había tenido un sueño en el que era un Caballero Jedi. Volvía a Tatooine y liberaba a todos los esclavos. Preguntó si era por eso por lo que Qui-Gon estaba aquí.

La sonrisa de Qui-Gon era triste mientras le decía a Anakin que temía que no.

Anakin fijó su mirada ansiosa, sin parpadear sobre Qui-Gon.

—¿Entonces por qué estás aquí? —preguntó simplemente.

Pude ver a Qui-Gon tomando aliento y considerándolo. Entonces le dijo la verdad, o al menos parte de ella. Él dijo que estábamos de camino a Coruscant en una misión secreta. Tuvimos que aterrizar en Tatooine por reparaciones.

Sabía que Anakin irrumpiría con sugerencias y ayuda, y lo hizo. Pero Qui-Gon señaló que necesitábamos una parte cara, y Watto no estaba dispuesto a comerciar

—Los vendedores de chatarra deben tener alguna debilidad de algún tipo, —musité en voz alta.

Shmi asintió.

—El juego. Todo por aquí se resuelve apostando en aquellas terribles Carreras de vainas.

Qui-Gon parecía pensativo.

—La avaricia puede ser una aliada poderosa.

Anakin casi saltó de su silla de excitación. La gran Carrera de vainas Clásica de Boonta Eve era justo en dos días. Estaba construyendo una Vaina de carreras de la que Watto no sabía nada. El plan se le ocurrió. Qui-Gon podía introducir la Vaina de carreras. Podía hacer que Watto le prestara a Anakin para conducirla.

Todos miramos al chico. En realidad era un buen plan. Entonces vi la cara pálida de Shmi.

—Annie, ya sabes que no quiero que corras, —dijo ella en silencio—. Muero cada vez que Watto te hace hacerlo. No es sólo la velocidad. Es la traición de aquellos otros conductores.

—Pero nuestros amigos están en problemas, —insistió Anakin.

Los ojos de Qui-Gon corrieron de madre a hijo. Le dijo a Anakin que su madre tenía razón. Entonces se giró hacia Shmi y le preguntó si podía pensar en alguien más que pudiera ayudarnos.

Lentamente, reluctante, ella sacudió su cabeza.

—¿Ves? —Gritó Anakin—. Tenemos que ayudarles, Mamá. Tú siempre dices que el mayor problema en el universo es que nadie ayuda a nadie.

Shmi apartó su cara. Acababa de captar el brillo de lágrimas.

—Anakin, no…

Sentí mi corazón contraerse con su dolor. Venía de ver tanto sufrimiento en mi mundo. No quería traer ninguno a esta casa.

—Estoy segura de que Qui-Gon nunca querría poner a tu hijo en peligro, —le dije—. Encontraremos otra forma. Siempre hay otra forma. —Le lancé una mirada enfadada a Qui-Gon. Él me devolvió la mirada, impasible. No sabía en qué estaba pensando.

Pero Shmi me sorprendió. Ella alzó su cabeza. Las lágrimas se habían ido. ¿O las había imaginado?

—Annie tiene razón. No hay otra forma, —dijo ella—. Él puede ayudaros. Está para ayudaros.

Era algo extraño que decir. Por un momento, Shmi y yo enfrentamos miradas. Algo pasó entre nosotras. Como si ella me estuviera dando a su hijo. Qué extraño.

AL DÍA SIGUIENTE

He hablado con Qui-Gon. Esperé hasta que estuvimos a solas. Erredós y Jar Jar habían ido por delante hacia el vendedor de chatarra, mientras que Qui-Gon y yo estábamos en la plaza.

Empecé con una pregunta. ¿Estaba seguro de que confiar nuestro destino a un chico que apenas conocíamos era lo correcto?

—Sí, —dijo él de manera breve.

—¿Y romperle el corazón a su madre? —añadí. Él volvió su mirada neutral hacia mí.

—Ella estaba dispuesta.

—La Reina no lo habría aprobado, —le dije.

—La Reina no tiene por qué saberlo, —dijo él. ¡Qué arrogancia! No podía evitarlo.

—Bueno, *yo* no lo apruebo, —solté yo.

Quizás dije demasiado. No me importa. Es tan irritante estar en este rol de doncella, ¡incapaz de ordenar! Especialmente cuando se trata de los Jedi. Pero para ser honestos, tengo un sentimiento de que incluso aunque hubiera estado en mis trajes más majestuosos como la Reina Amidala, Qui-Gon aún no me escucharía. Sí, son sabios y respetados y valientes. ¿Pero alguien ha mencionado alguna vez lo molestos que pueden ser los Jedi?



ENTRADA 8

REGATEOS

Qui-Gon desapareció en la tienda de Watto. Yo le seguí, manteniéndome fuera de la vista. Sabía que Qui-Gon debía tener un plan para negociar con Watto. El chatarrero era astuto, pero suponía que Qui-Gon estaba contando con su avaricia.

Watto zumbaba alrededor de Qui-Gon en un arrebato de irritación, diciendo que había oído que Qui-Gon pretendía ser el mecenas de Anakin en la Carrera de vainas. Señaló que había una tasa de participación. Y no aceptaban créditos, advirtió él.

Qui-Gon mostró a Watto un holograma de la nave. Pretendía utilizar la nave como tasa de participación.

Espera un segundo, pensé yo. ¿Qui-Gon estaba a punto de apostar con *mi nave*?

Qui-Gon le dijo a Watto que había ganado una Vaina de carreras en una apuesta. Los ojos de Watto brillaron de repente con interés. Si Qui-Gon suministrara la Vaina de carreras y la tasa de participación, él suministraría a Anakin, y se dividirían las ganancias cincuenta-cincuenta.

Las cejas de Qui-Gon se alzaron. Si Watto estaba exigiendo una división cincuenta-cincuenta, entonces *él* podía afrontar la tasa de participación. Si Anakin ganaba, Watto podría quedarse con todas las ganancias, salvo lo que necesitábamos para la parte.

—Y si pierde, —concluyó Qui-Gon—, puedes quedarte mi nave.

¿*Mi* nave? ¿Desde cuándo mi nave era la nave de *Qui-Gon*? Mi sangre hervía. ¿Cómo puede hacer esto sin consultarme?

Entonces recordé que yo era Padmé, no Amidala. No podía dar un paso hacia delante y dar órdenes. Tendría que confiar en Qui-Gon.

Odio eso.

MÁS TARDE

Estoy de vuelta donde Anakin. Él me ha pedido ayuda para arreglar la Vaina de carreras. Me temo que este motor es distinto a cualquiera que conozca. Pero puedo coger herramientas y pasárselas.

Los amigos de Anakin de repente aparecieron para ayudar también. Es obvio que la pequeña banda ve a Anakin como su líder. Incluso mientras le provocan por introducir su Vaina de carreras casera en tal carrera tan grande.

Qui-Gon se aproximó a nosotros y le dio a Anakin una batería.

—Creo que es hora de que averigüemos si esta cosa puede correr, —dijo él.

He trabajado toda la tarde. Mis manos están mugrientas. Estaba cansada de estar encorvada. Y a mis ojos, parecía imposible que ese cubo improvisado pudiera llevar a Anakin a la victoria.

Pero cuando escuché los motores encenderse y rugir, mi ánimo fue más fuerte que el de nadie. En ese momento, cualquier cosa parecía posible.

NOCHE

No estoy segura de lo que me despertó. Me deslicé fuera de la cama y fui a la ventana. Shmi se sentó en la baranda frontal. Ella miraba al cielo nocturno. Vi su cara a la luz de las estrellas.

No creo que haya visto nunca tanta tristeza.

¿Es esto lo que es la vida? Hoy, tenemos una victoria, la Vaina de carreras ruge a la vida. Esta noche, esta victoria corta a alguien hasta el corazón.

¿Es este el regateo que hacemos con la vida? ¿Cada placer tiene un dolor embebido, como una piedra en el corazón de una fruta? El truco es soportar dos contradicciones al mismo tiempo. Dolor y placer. Regocijo y tristeza. La fruta y la piedra.

No me gustan las contradicciones. Me gusta que las cosas sean claras.

Estoy temblando. No es por frío, sino por miedo. Me había sentido a salvo aquí. Pero fui una estúpida al sentirme a salvo.

Hay fuerzas ahí fuera que no entiendo. Sé una cosa, aún así. Me quieren muerta.

No hay ningún lugar a salvo. Una madre no puede proteger a su hijo por siempre. Y una reina no puede esconderse.



ENTRADA 9

LAS MANOS DE UN CHICO

El día de la carrera, me desperté antes del amanecer. Incluso antes de que estuviera del todo despierta, me levanté y salí corriendo. Erredós estaba pintando la Vaina. Anakin dormía en el suelo cerca. Probablemente se había quedado dormido a sus pies. Sin la luz del desafío en sus ojos oscuros, parecía más joven. Vulnerable.

Sacudí mi cabeza. ¿En qué estaba pensando Qui-Gon? Deberíamos estar protegiendo a este chico, no dependiendo de él para que nos salve.

Toqué su mejilla para despertarle.

—Estaba soñando, —dijo él—. Tú estabas liderando un enorme ejército hacia la batalla.

No pude evitar sonreír. No soy una reina guerrera, y no puedo imaginar ser una.

—Espero que no. Odio luchar.

Lo odio. Y peor aún, odio estar en el exilio. Qué horrible que tenga que salir corriendo, quizás luchar algún día, sólo para encontrar la paz. Es por lo que estoy ansiosa por llegar a Coruscant. Quiero levantarme y decir: *¡Esto está mal!* Decirlo tan fuerte y claro que el Senado se levante y llore conmigo. Naboo será libre de nuevo.

Le dije a Anakin que se diera prisa. Los otros ya se habían ido hacia la arena. Hoy, una carrera decidiría mi destino.

Anakin y yo cabalgamos hacia la arena juntos en un eopie, una bestia de carga de Tatooine. Arrastramos los motores de la Vaina de carreras tras nosotros. El amigo de Anakin, Kitster, cabalgaba sobre otro eopie, arrastrando más partes.

Estaba aturdida ante el enorme tamaño de la arena y la tremenda multitud. Cada asiento disponible estaba lleno. El calor y el ruido eran como una fuerza física, presionando contra mi pecho.

—¿No es genial? —Dijo animado Anakin—. El Clásico Boonta siempre consigue una multitud. Todo el mundo viene desde los Territorios del Borde Exterior.

Vi criaturas de cada descripción. Babosas, arañas, altos como árboles, altos como mi rodilla. Todos estaban discutiendo, apostando, comiendo, gritando, peleando, riendo.

—Vienen porque esta es la carrera más peligrosa de todas, —dijo Anakin, sus ojos brillando.

No podía creer que no sintiera la presión. Esta multitud había salido en busca de sangre. Imaginaba que un choque o un desmembramiento sólo les harían rugir con deleite y gritar pidiendo más.

Anakin guió a nuestros eopies hacia un enorme hangar cerca. Mientras entrábamos, vi a Qui-Gon y Watto en una conversación profunda. Le di a Qui-Gon una mirada aguda. ¿Estaba sucediendo algo que no sabía? Él pretendió no darse cuenta de mí. Me giré en frustración.

—¡Es tan mágico! —Gritó Kitster desde el otro eopie mientras miraba las otras Vainas—. ¡Estoy seguro de que lo lograrás esta vez, Annie!

¿Esta vez? Pregunté a Kitster a qué se refería.

—¡A terminar la carrera, por supuesto! —respondió Kitster.

Aturdida, me giré hacia Anakin.

—¿Quieres decir que nunca has ganado una carrera?

Anakin miró tímidamente.

—No exactamente.

—¿Has *acabado* alguna vez una carrera? —insistí yo.

Anakin le lanzó a Kitster una mirada oscura.

—Lo haré hoy, —juró él.

—Por supuesto que sí, —dijo Qui-Gon con el tono calmado que me hacía querer sacar su sable láser y golpearle en la cabeza.

Bajamos del eopie y Anakin y Kitster vagaron por allí.

He encontrado un lugar tranquilo tras las gradas para escribir esto, pero oigo a los anunciantes. La carrera comenzará pronto. Debo ocultar mi aprensión y desearle suerte a Anakin.

MÁS TARDE

No tenía tiempo para alentar demasiado. Sólo un par de palabras.

—Llevas todas nuestras esperanzas, —susurré.

La mirada de Anakin era firme.

—No os decepcionaré.

Junto a él estaba Sebulba, la horrenda criatura que casi había dado una paliza a Jar Jar. Gruñó algo a Anakin. Supuse que no era en el espíritu del juego limpio.

—¿Qué te ha gritado? —pregunté.

—Escoria esclava, —respondió Anakin—. No te preocupes, Padmé. Estará masticando mi tubo de escape en un par de minutos.

Era hora. Me dirigí hacia la plataforma de visualización donde Shmi ya estaba esperando. Jar Jar miraba lánguidamente a los puestos de comida, desplegando su larga lengua como si saboreara el aire en busca de sabores. Entonces Qui-Gon llegó y tomó asiento con una calma que envidiaba.

Me giré hacia él furiosa.

—Esto es una pura temeridad, —dije, silenciosamente para que los otros no escucharan—. La Reina…

Qui-Gon me interrumpió con un gesto.

—La Reina confía en mi juicio. Tú también deberías.

—Supones demasiado, —respondí. Le dije que no veía la sabiduría de poner nuestro destino en manos de un joven.

Qui-Gon parecía impaciente.

—¿Y erraron los naboo cuando pusieron sus destinos en manos de una chica? —preguntó él.

No lo dijo para ser cruel. Pero sentí la punzada. ¿Erraron? Hasta el momento, no había manejado mi primera crisis demasiado bien.

Él se dio cuenta de que me había herido de algún modo, aunque no podía haberse dado cuenta de por qué. Para él, sólo soy Padmé.

—Necesitas tener fe, —dijo él.

No estaba preparada para perdonarle. Respondí crispada que sólo tengo fe en las cosas que puedo ver y tocar.

—Ah, —dijo suavemente Qui-Gon—. Quizás ese sea su error, doncella.

¡Irritante! No hablaría así a la Reina.

Espero.

En un palco cercano, vi al Hutt más grande que he visto nunca. Su cuerpo consistía en lorzas de grasa ondulante.

A su alrededor iban en enjambres sirvientes y esclavos y merodeadores de aspecto desagradable.

Shmi siguió mi mirada.

—Jabba el Hutt, —observó ella amargamente—. Prueba de que no importa lo malo que sea ser un esclavo, podría ser peor. Jabba podría ser tu amo.

—Parecen estar esperando su señal para comenzar, —dije.

—Nada sucede en Tatooine sin el permiso de Jabba, —dijo Shmi, disgustada.

Los pilotos encendieron sus motores. Jabba dio la señal.

¡Salieron!

Casi inmediatamente, Anakin se caló. Pero sus motores se encendieron de nuevo con un rugido, y despegó de nuevo. ¡Pero ahora está demasiado atrás!

Ya no puedo escribir más. Más tarde.

DESPUÉS DE LA CARRERA

Observamos la parte distante de la carrera en pantallas de visualización. La herida a través de los angostos cañones, altos riscos, altas dunas, y desierto plano. Era traicionero. No sabía cómo nadie podía pilotar una vaina de carreras a tales velocidades y sobrevivir.

Cuando lograba ver a Anakin, me sorprendía de su habilidad. Se mecía, se hundía, caía, corregía, y saltaba sobre otros corredores. Era uno con la máquina. No tenía tiempo de planear ni un movimiento… simplemente se *movía*. Para la mitad de la primera vuelta, había recuperado la distancia que había perdido.

De repente, vi un paralelismo entre nosotros. ¿No estaba yo moviéndome, meciéndome, esquivando, todo sin un plan? Estoy haciendo cosas que no podría haber soñado que pudiera hacer. ¿Puedo, también, recuperar el terreno que he perdido?

Pero ahora estaba preocupada, junto con Shmi, por Anakin. Sebulba no corría limpio. Utilizaba cualquier truco sucio que pudiera encontrar. Ya había desarmado el motor de un rival. El conductor golpeó un risco de lleno en un choque desgarrador.

No era de extrañar que Shmi odiara estas carreras. ¡No hay reglas!

Después de la primera vuelta, Sebulba estaba cómodamente en primer lugar. Anakin iba el sexto. Animamos salvajemente mientras zumbaba pasándonos, incluso aunque no pudiera escucharnos o vernos.

En la segunda vuelta, pensé que la tensión me haría romperme. Quería gritar, llorar, correr hacia la pista para ayudar a Anakin. Todo mi entrenamiento en silencio y control no ayudaba con esta tensión agonizante. La normalmente calmada Shmi estaba retorciendo su túnica en sus manos hasta que fue un desastre empapado. Jar Jar mantenía un zumbido constante de pánico.

¿Y Qui-Gon? ¡Él se sentaba como si disfrutara de un día soleado! A veces, incluso cerraba los ojos. ¡Había arriesgado mi vida en las habilidades de carrera de un niño de nueve años, y ni siquiera rompía a sudar!

Aquí va otro juramento: Si alguna vez soy elegida Canciller Suprema del Senado, decretaré que todos los Jedi deben demostrar una emoción al menos una vez al año.

Tres corredores más explotaron. Vimos la columna de humo de la última en el aire. Shmi dejó escapar un gemido bajo y escaneó la pantalla de visualización. Nos inclinamos cerca, nuestros ojos esforzándose.

Qui-Gon cerró los ojos de nuevo y respiró.

—¡Ahí está! —grité las palabras. Shmi colapsó contra mí.

Para la vuelta final, Anakin estaba cuello a cuello con Sebulba. Nuestras gargantas estaban destrozadas por los ánimos mientras él zumbaba hacia la arena.

El combate por el primer puesto era agonizante. Anakin lo ganó al fingir correr hacia el interior y luego zumbar hacia el exterior. Airado, Sebulba empezó a golpear su Vaina de carreras contra la de Anakin, golpeándola incansable. Shmi extendió su mano hacia la mía. La Vaina de carreras de Anakin no estaba hecha para este abuso. Lo sabíamos.

Sebulba ganó en la recta final. La mano de Shmi apretó la mía hasta que mis huesos se unieron. Ni siquiera la sentía.

De repente, la vaina de Anakin giró fuera de control. Jadeamos de terror. Pero la Vaina de carreras chocó contra la de Sebulba, llevándola contra una gran estatua. El motor de Sebulba explotó en una bola de fuego. Sebulba fue catapultado fuera mientras la Vaina de carreras chocaba contra el suelo. Estaba furioso, pero inmediatamente se distrajo cuando se dio cuenta de que sus pantalones estaban en llamas.

Entonces Anakin irrumpió a través del humo y las llamas y cruzó la línea de meta.

Era increíble. Asombroso. Grité y reí y salté de arriba a abajo. No como una reina. Como una chica. En ese momento, me alegré de ser Padmé. Ella me da libertad para hacer las cosas que la Reina no puede hacer.

MÁS TARDE

Incluso Qui-Gon parecía excitado. Así que los Jedi tenían sentimientos, después de todo. Empezamos a bajar hacia el hangar. Shmi corrió por delante, sus ojos llenos de lágrimas de alegría… y alivio.

Miré a la bullente multitud gritando. Las peleas ya estaban estallando por las apuestas perdidas. Los ganadores se jactaban. Anakin había sido una apuesta arriesgada.

—Eres todo un jugador, Qui-Gon, —dije—. Hoy la suerte estaba de tu lado.

—Si quieres llamarlo así, —respondió serenamente Qui-Gon—. La suerte es sólo una palabra para una fuerza que no puedes explicar. —Sus rasgos arrugados se suavizaron un minuto. Sus ojos parpadearon.— Algo que no puedes ver o tocar acaba de ayudarte a alcanzar una meta, doncella. ¿Crees en lo invisible ahora?

Sólo quería saber una cosa. ¿Por qué nunca puedes tener la última palabra con un Jedi?

Cuando llegamos al hangar, Anakin acababa de volver de ser llevado por la arena sobre los hombros de la multitud. Su pelo estaba apelmazado y su cara estaba manchada de tierra. Me dio una sonrisa jocosa.

Le abracé cerca de mí y le dije que estaba orgullosa de él. Le debemos todo. ¡Al fin, podemos dejar Tatooine!

Watto había traído la parte que necesitábamos a la arena, como había prometido a Qui-Gon. No había nada que nos retuviera aquí.

Qui-Gon cargó las partes en el arnés del eopie.

Ató el último nudo y se giró hacia mí. Era hora de irse.

La alegría se desvaneció de la cara de Anakin. Él me miró, confundido. Supongo que no se había dado cuenta realmente de que al ganar la carrera, nos iríamos.

—¿No puedes quedarte? —Él parecía esperanzado.

—Lo siento, Anakin, —dije—. Debemos irnos. Nos hemos quedado demasiado tiempo. No te olvidaré.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

—Trepé sobre el eopie tras Qui-Gon. Jar Jar luchó por mantenerse en el suyo. Empezamos a salir.

Qui-Gon se giró para decirle a Shmi y a Anakin que volvería para devolver los eopies a medio día.

Yo quería volver, también. Quería decir un último adiós. Sabía que Anakin iba a estar esperando que volviera. Pero miré hacia delante. Podía sentir a la chica Padmé deslizándose y a la Reina ocupando su lugar.

Ya mis pensamientos se habían vuelto hacia Coruscant. Estaba ardiendo por llevar mi caso ante el Senado. Para ver que se hiciera justicia. Para ver a mi gente libre.

Padmé habría mirado atrás para un último adiós.

Una Reina no podía.



ENTRADA 10

ALGÚN GRAN MAL

Localización:

NAVE ESTELAR REAL DE LA REINA

¿Cuánto se tarda en devolver dos eopies? Qui-Gon había estado fuera toda la tarde.

Debía haber tenido otra misión que cumplir. Eso es lo que supongo. Si fuera la Reina Amidala, mandaría buscarle a su regreso y le daría una reprimenda. No puedo confiar en que Sabé sea lo suficientemente cruel.

No creo que pueda seguir estando en este planeta ni un segundo más. Las caras que vi desde la ventana del palacio en la mañana de la invasión me gritaban, urgiéndome a darme prisa.

No puedo quedarme así. Me siento tan indefensa. Ya hemos perdido demasiado tiempo aquí. Ya podría ser demasiado tarde. Por no mencionar que cada minuto que nos quedamos en un sitio, nos ponemos en peligro.

Incluso el normalmente inescrutable Obi-Wan parecía molesto. ¿Por qué está tardando tanto Qui-Gon? Qué asuntos podría…

MÁS TARDE

Tuve que interrumpir mis quejas sobre Qui-Gon. Anakin irrumpió. ¡Estaba tan aturdida por verle!

Él consiguió jadear que Qui-Gon estaba en problemas. Se habían encontrado a alguna criatura en el camino que le había desafiado. Alguien mandado por la Federación de Comercio, estoy segura. Qui-Gon estaba enzarzado en un combate a muerte con él.

Nos movimos rápidamente. Ric Olié tomó los controles, y despegamos. Tomé asiento en la cabina de mandos. Volando bajo, aceleramos sobre el desierto.

Al principio sólo podíamos ver una nube de polvo. Entonces reconocí la fuerte figura de Qui-Gon. Estaba luchando con una figura de capa oscura con una cabeza con cuernos. Observé la forma acrobática en la que se movían, la economía y el poder de sus gestos. Cualquier irritación que hubiera sentido nunca por el Jedi se fue corriendo.

Me alegro fervientemente de que Qui-Gon esté de mi lado.

Qui-Gon debió habernos visto, aunque yo no le vi girar la cabeza. De repente, saltó sobre su adversario. Aterrizó en la rampa fuera de la nave.

Jadeé mientras la figura de capa oscura saltaba tras él. Obi-Wan saltó fuera de su asiento y corrió hacia el área de carga.

Yo sólo podía esperar, cada nervio gritando. Entonces el comunicador crujió.

—Está a salvo, —dijo Obi-Wan.

Me senté anclada en mi asiento. Ese breve vistazo de la figura con capa causaba un miedo, quebradizo como el hielo, que golpeaba mi corazón.

Esa criatura no era ningún matón o mercenario de la Federación de Comercio. Algún gran mal estaba en marcha aquí. Algo más fuerte de lo que había imaginado. Estoy segura de ello.

¿Están en juego cosas mayores incluso de las que temía?

MÁS TARDE

Sabé me ha dicho que Sio Bibble mandó una transmisión mientras estaba en Tatooine. Me rogaba que volviera a Naboo. La gente está hambrienta. La Federación ha cortado todos los suministros de comida.

Obi-Wan cree que la transmisión es un truco para atraerme de vuelta. Probablemente. Pero eso no significa que mi gente no esté sufriendo. Tuve que esperar hasta que todo el mundo estuviera dormido antes de poder colarme hasta el puente y ver el mensaje yo misma.

El holograma era granuloso y poco claro. Pero la cara amable de Sio Bibble me partía el corazón. Truco de la Federación de Comercio o no, el sufrimiento en Naboo estaba escrito en cara rasgo mientras me rogaba que volviera.

Al menos aún estaba vivo.

La preocupación y la angustia me llenaban. Me sentía atrapada y paralizada. Y cansada. Tan cansada.

En ese momento, escuché un sonido, un eco de las lágrimas encerradas dentro de mí. Pensé que lo había conjurado del aire, pero era real.

Anakin se sentaba agachado un la esquina, temblando. Crucé hacia él, y él alzó la mirada hacia mí con lágrimas en los ojos.

—Hace mucho frío, —dijo él.

Saqué mi chaqueta y la envolví alrededor de sus hombros.

—Eres de un planeta cálido, Annie, —dije—. El espacio es frío.

Pero yo sabía que era más que el frío. La apuesta de Qui-Gon con Watto había liberado a Anakin. Podría incluso permitírsele ser entrenado para ser un Jedi. Todo esto era bueno. Pero tendría que dejar todo lo que amaba atrás.

Anakin sabía que algo iba mal con mi corazón, también. Siempre parecía conocer las cosas.

—Estás triste, —me dijo.

Escogí mis palabras con cuidado.

—La Reina está preocupada. Todo depende de su aparición ante el Senado. No sabe si tiene el poder de cambiar las cosas. Yo no estoy segura tampoco. No sé lo que sucederá.

Anakin suspiró.

—No sé lo que sucederá conmigo tampoco. Y no sé si te veré de nuevo.

Él sacó un colgante de su bolsillo y me lo dio. Lo giré en mi mano. La madera se sentía suave y pulida. Me gustó cómo se sentía en mi palma.

—Lo tallé de un trozo de japor, —dijo él—. Te traerá buena fortuna.

Qué divertido. Aquellas eran casi exactamente las mismas palabras que mi padre utilizó cuando me dio mi amuleto. Abroché el colgante de Anakin alrededor de mi cuello. Golpeó suavemente contra mi pechera. Lo toqué, y sentí la misma sensación de comodidad y protección. Anakin me ha dado algo más precioso de lo que sabe.

Le dije que no necesitaba un collar para recordarle. Las cosas podían cambiar cuando fuéramos a Coruscant. Pero mi preocupación por él siempre permanecería.

—Siempre me preocuparé por ti también, —dijo Anakin—. Pero echo de menos… —Su voz flaqueó.

—Echas de menos a tu madre, —dije suavemente—. Cuando vamos hacia delante, echamos de menos las cosas que dejamos atrás. Eso es lo que hace nuestros corazones tan llenos.

Una visión se alzó en mi cabeza de la granja de mi familia. Campos verde esmeralda punteados de flores verdes. El rico aroma de la tierra. La fuerza de las manos de mi padre. La forma gentil en la que mi madre trenzaba mi pelo.

No puedo perder esas cosas. No lo haré.

Tantas mentiras por delante. Tanto peligro. Tanto por hacer. Pero esta noche, tenía un momento para reconfortar a alguien más. Ayudó a mi miedo. Quizás el peor miedo es cuando piensas que estás solo.

Gracias a Anakin, tuve un momento de paz. A veces, sólo un momento es suficiente.



ENTRADA 11

REINA

Localización:

CORUSCANT

Desde el espacio, Coruscant brilla como una estrella. Piensas que estás aproximándote a un mundo de plata y luz.

Y lo estás haciendo, en cierto modo. La ciudad principal de Coruscant hacía tiempo se había extendido para albergar el terreno que le rodeaba. Creció con la riqueza y poder de la República hasta que cubrió todo el planeta. Arroyos, ríos, y bosques habían sido todos cubiertos por capas de carreteras y edificios.

Las torres plateadas resplandecían al sol. Es una vista preciosa, pero no una vista a la que esté acostumbrada.

Yo prospero en los miles de verdes de Naboo. Me gusta ver los ríos correr salvajes, y que los árboles extiendan sus ramas como bailarinas, y que la hierba se ondule en la brisa.

Pero Coruscant es el mundo al que debo adaptarme. Es aquí donde debo hacer mi parada.

Cuando llegamos, el Senador Palpatine y el Canciller Supremo Valorum en persona se encontraron con nosotros en el espaciopuerto. Lo tomé como una buena señal.

El Canciller le dijo a Sabé que todo el mundo en el Senado estaba consternado por la situación en Naboo. Espero que lo diga en serio. Ha llamado a una sesión especial del Senado para que pueda presentar mi caso.

Tuve que esperar hasta que alcanzáramos el cuarto Senatorial de Palpatine para intercambiar posiciones con Sabé. Aquí, nadie se dará cuenta si Padmé desaparece. Y Sabé se envolverá y se desvanecerá en el fondo.

Mientras Sabé y yo intercambiábamos lugares, le di las gracias por su coraje y habilidad.

—Todos necesitamos coraje ahora. Usted más que nadie, —respondió Sabé y presionó mi mano. Hay una ferocidad en sus modales silenciosos. Su toque era gentil, pero sus ojos ardían—. Sé que nos sacará de esta, Reina Amidala.

Su fe me da coraje.

Sé que Sabé se alegra de ayudar. Pero percibí su alivio cuando se puso su capa de doncella de nuevo. Yo estoy aliviada, también. Al menos, puedo actuar. Todo lo que hemos hecho ha llevado a este momento ante el Senado.

El Senador Palpatine solicitó una audiencia para que pudiéramos charlar de estrategias. Era bueno verle de nuevo, y conferenciar con él. Siempre ha sido uno de mis consejeros de más confianza. Cuando aquellos en el Consejo de Gobernantes dudaban de mis habilidades, él siempre me respaldaba. Juntos, deberíamos ser capaces de persuadir al Senado.

Para mi sorpresa, Palpatine me informó de que el Canciller había sido debilitado por acusaciones de corrupción. Había pensado que el Canciller Valorum aún sostenía su base de poder. Las noticias de que posiblemente fuera más débil que yo eran desconsoladoras.

—Las acusaciones son sin fundamento, pero no importa, —me dijo Palpatine con un ceño fruncido de preocupación—. Le debilitan.

Consideré esto. Quizás Palpatine estaba sobrestimando los efectos del escándalo. Le pregunté cuáles podían ser nuestras opciones.

—Nuestra mejor opción es presionar para la elección de un nuevo Canciller Supremo, —dijo él—. Alguien fuerte, un aliado. Él o ella podría tomar el control de nuevo y forzar al Senado a actuar. Tendríamos justicia al fin.

No me gustó oír eso. Valorum no había sido tan eficiente como me habría gustado, pero aún es un fuerte aliado para Naboo.

—¿No hay otra forma? —pregunté a Palpatine.

—Podríamos someter el asunto a las cortes… —dijo él, su voz perdiéndose.

Eso lo zanjaba. Las cortes significaban más retraso. No había tiempo que perder. Naboo está siendo devastado mientras estoy aquí sentada, esperando, tendré que convencer al Senado. No hay otra forma. Todo depende de eso.

MÁS TARDE

Anakin ha venido a ver a Padmé. Cree que entrará en el entrenamiento Jedi, y ha venido para decir adiós.

No puede decirle adiós a Padmé, por supuesto. Sólo pude decirle, como la Reina Amidala, que sabía que el corazón de Padmé estaba con él. Él parecía tan triste cuando asintió.

Ojalá pudiera haberle dado un adiós más cálido. No sé por qué ese chico se ha vuelto tan importante para mí, pero lo es.

He creado una división en mí misma. Está la Reina, y está Padmé. Soy ambas, por supuesto. Pero creo que sólo puedo ser una a la vez.

Me pregunto cómo sería no tener secretos. Ser Padmé y Reina juntas. Gobernante y chica. Mente y corazón.



ENTRADA 12

SENADO GALÁCTICO

Llevaba mis túnicas más regias y mi tocado más complicado. Mi cara estaba empolvada de blanco, mis labios de carmesí profundo con la marca de conmemoración. Quería que cada Senador reconociera la majestuosidad de Naboo.

El edificio del Senado es enorme, muchas veces más grande que el palacio de Theed. Sus pasillos están abarrotados de gente y alienígenas de muchos mundos. Senadores deliberando, asistentes corriendo con prisa, droides rodando a altas velocidades, ansiosos por completar un encargo.

Nuestro pequeño grupo estaba formado por el Capitán Panaka, mis dos doncellas Eirtaé y Rabé, y el Senador Palpatine. No estaba nerviosa. Estaba preparada.

Los palcos Senatoriales individuales están amarrados en plataformas de aterrizaje. Cuando un miembro es reconocido, el palco flota hacia el centro de la cámara circular. Vi la cabeza blanca elegante del Canciller Valorum en el palco central.

Palpatine aún estaba presionándome para llamar a un voto de no confianza en Valorum. Esperaba que después de hablar, el Senado se alzara como uno y condenaría la injusticia de la invasión. Un voto de no confianza no sería necesario.

Palpatine comenzó el procedimiento recordándole al Senado de la acción ultrajante de la Federación de Comercio. Inmediatamente, Lott Dod, el Senador de la Federación, se lanzó hacia delante en su palco para objetar. Valorum no lo reconoció, y Palpatine fue capaz de continuar.

Cuando Palpatine me presentó, mantuve mi postura perfectamente erguida, mi barbilla alta. No estaba suplicando. Estaba *exigiendo* que hicieran lo correcto. Aquí está lo que dije:

Honorables representantes de la República, distinguidos delegados, y Su Honorable Canciller Supremo Valorum, vengo ante ustedes bajo la más grave de las circunstancias.

El sistema Naboo ha sido invadido por la fuerza. Invadido contra todas las leyes de la República por los ejércitos droides de la Federación…

Ahí es donde fui interrumpida.

Lott Dod objetó de nuevo. ¡Ese larguirucho neimoidiano no me dejaría llegar al final de mi afirmación! Llamó a que se mandara una comisión a Naboo para estudiar si mis "acusaciones" eran ciertas.

¡Acusaciones!

—Entran los burócratas, —me susurró Palpatine. El delegado de Malastare ya estaba llamando a que se obedecieran las reglas de procedimiento. Se debía formar una comisión.

Contuve el aliento mientras Valorum consultaba con sus expertos. Entonces anunció reluctante que la Federación tenía razón.

—¿Reina Amidala, pospondrá su moción para permitir que una comisión explore la validez de sus acusaciones?

La ira ardiente surgió a través de mí. Nunca había sentido tanta furia. ¡Haber llegado tan lejos, sólo para encontrarme con más retrasos! Mi gente está hambrienta —muriendo— ¡y quieren formar comisiones!

Enfría tu rabia, me dije a mí misma. *Debería ser hielo, no calor.*

—¡*No* lo pospondré! —dije—. No fui elegida para ver a mi gente sufrir y morir mientras ustedes *discuten* sobre la invasión.

Había alcanzado el final de todo. Todas mis esperanzas. Me sentía enferma por dentro, y tuve que luchar contra la desesperación que se alzaba dentro de mí. No me ayudarían.

No tenía elección. No había ningún otro sitio al que ir. Llamé a un voto de no confianza en el Canciller Supremo Valorum.

Su shock fue visible. Enfrentamos miradas a lo largo de la vasta cámara del senado. Vi su mirada moverse hacia Palpatine. Se sentía traicionado.

No me arrepiento de ello. Palpatine tiene razón. El senado está enredado en su propia burocracia.

Inmediatamente, la cámara se llenó de un zumbido excitado. Bail Organa de Alderaan fue el primero en secundar la moción. Pedía que se hiciera un voto inmediatamente. Lott Dod una vez más llamó a un estudio más minucioso.

El Senado estalló. Un cántico comenzó:

—¡Voto ahora! ¡Voto ahora!

—Parece que hemos iniciado algo, —me murmuró Palpatine—. Bien.

Mi mirada barrió el Senado en disputa, tumultuoso. Sí, habíamos iniciado algo. Habíamos logrado una victoria estratégica. Pero no era aquella para la que yo había venido tan lejos, y arriesgado tanto.

Palpatine podía tener razón. El cambio podría ser lo mejor para el Senado. Pero el cambio no sería a tiempo de ayudar a Naboo.

MÁS TARDE

Estoy de vuelta en el cuarto de Palpatine. Debo recordar una extraña conversación que he tenido con Jar Jar.

Estaba mirando hacia las brillantes agujas de Coruscant. Todo ese poder reluciendo por debajo de mí. Y aún así no podía lograr enderezar un intolerable mal.

Jar Jar saltó para colocarse junto a mí. Pude ver su reflejo en el cristal. Sus grandes ojos amables estaban llenos de congoja. Su simpatía parecía una cosa cálida, sólida. Es extraño cómo le he acabado cogiendo cariño.

—¿Misa sie preguntua por cué lios doses inventaron eil dolor? —preguntó finalmente.

—Para motivarnos, imagino, —dije yo.

Jar Jar asintió.

—¿Tusa pensas cue tusa gente va morir?

—No lo sé, —dije.

—Y lios gungans, —dijo Jar Jar tristemente—. ¿Losa mián a ser aplastiados tambén, eh?

Le dije a Jar Jar que esperaba que no. Entonces dijo algo que me sorprendió.

—Lios gungans no moremos sin peliar. Nosa guerreros. Nosa gran ejército. Campos de ferza, toduo esio. Tinemos cue protegernus a nosa mismos.

Estaba preocupada con mis propios problemas. Pero las palabras de Jar Jar cortaron a través de ellos como un cuchillo. Me giré hacia él con un renovado interés, queriendo preguntar más. Pero Palpatine entró entonces. Estaba lleno de optimismo por los sucesos del día. Vi que él consideraba la sesión una gran victoria.

El Capitán Panaka me informó de que Palpatine había sido nominado para suceder a Valorum.

—Una sorpresa, claramente, —dijo Palpatine.

Pero no parecía sorprendido. Por debajo de su modestia, percibía triunfo.

Bueno, ¿por qué no? Palpatine no está libre de la ambición. Y sería bueno para Naboo tener a nuestro antiguo representante como Canciller Supremo.

Le dije a Palpatine que temía que incluso si éramos elegidos, llevaría demasiado tiempo el que él tomara el control de los burócratas. Mientras tanto, Naboo sería destruida. No me quedaba otra cosa que hacer aquí. Era hora de volver.

Palpatine estaba horrorizado. Panaka piensa que es una mala decisión, también. Ambos creen que debería permanecer aquí. Ser una reina en el exilio, esperando las migajas. ¿No saben qué tipo de Reina soy?

Bueno, quizás yo realmente no lo sabía, tampoco. Hasta ahora.

Si el Senado no condena la invasión, el miedo y la agresión dominarán las galaxias. Lucharé contra la Federación de Comercio hasta mi último aliento.

Escucho aquellas palabras, y me sorprenden. Siempre he sido una defensora de la paz y la diplomacia. No creo en la lucha.

Aún así lucharé. Moriré luchando, si tengo que hacerlo.

MÁS TARDE

NAVE ESTELAR REAL DE LA REINA

Soy Padmé de nuevo. No es seguro para mí que siga siendo Reina mientras viajamos. Al aceptar ser Reina, Sabé de nuevo ha arriesgado su vida. Después de que cambiáramos ropas, nos abrazamos la una a la otra, agarrándonos con fuerza. Ambas sabemos que puede que estemos intercambiando roles por última vez. Puedo morir como Padmé. Sabé puede morir como una reina.

Cuando llegamos a la plataforma de aterrizaje, los Jedi estaban esperando. La visión de Qui-Gon hizo que mi corazón diera un vuelco. Qui-Gon se inclinó y prometió su servicio continuado a la Reina.

Sabé asintió en gratitud.

—Agradezco su ayuda. El Senador Palpatine teme que la Federación pretenda destruirme.

La mirada de Qui-Gon era resuelta.

—Le prometo, que no dejaré que eso ocurra.

Entramos en la nave. Ric Olié ocupó su posición en los controles. Obi-Wan y Qui-Gon se sentaron cerca. Jar Jar dejó la cabina de mandos porque tenía miedo de los despegues, pero se quedó en el pasillo por si fuera necesario. Erredós rodó hacia su lugar para monitorizar los controles. Y Anakin me saludó. Estaba tan contenta de verle. Odio llevarle en medio de una guerra, pero sé que Qui-Gon cuidará de él.

De camino al cuarto de la Reina, di una última mirada a todos ellos. Qué grupo tan dispar. Un Caballero Jedi y su aprendiz. Un gungan. Un droide. Un chico.

Pero se han convertido en mis aliados. Me alegro de volver a casa con mis amigos.



ENTRADA 13

REGRESO

Tengo un plan.

Si voy a ser una reina guerrera, tengo que tener un buen comienzo. He pensado mucho y con fuerza. Mis enemigos son enormemente más poderosos. Tienen más armas. Tienen más tropas. Tienen todo lo que yo no tengo. Todo lo que necesitas para la guerra.

Pero no tienen algo que yo sí tengo: la sorpresa.

He llamado a una reunión con los Jedi y el Capitán Panaka. Sabé y yo debemos intercambiar lugares de nuevo. Necesito ser Amidala para esto. Tengo el presentimiento de que no serán fáciles de convencer.

MÁS TARDE

Fueron imposibles. Pero gané, por supuesto. Después de todo, esta es mi nave.

Es la misma discusión de siempre. Si yo aterrizo, seré capturada. Si soy capturada, firmaré el tratado. Vi los labios de Panaka formar las mismas palabras de siempre.

¡Estoy tan cansada de ser subestimada! Suficiente. No me importa ser subestimada por los neimoidianos… puedo utilizar eso en mi ventaja. Pero cuando mi propio líder militar me trata como un hombre de paja, quiero aullar.

No aullé.

Dije esto: *Voy a recuperar lo que es nuestro.*

Qui-Gon dijo lo que esperaba que dijera. Como Jedi, sólo podía protegerme. No podía luchar una guerra por mí. El Capitán Panaka me recordó que sólo habíamos trece de los nuestros, como si no pudiera contar. Dijo que no teníamos ejército, como si hubiera olvidado ese hecho.

Les ignore. Me volví hacia la figura que había estado encorvada contra la pared, preguntándose por qué estaba aquí, y más probablemente muriéndose por salir corriendo.

—¡Jar Jar Binks! —le llamé.

Inmediatamente se puso en pie, retorciéndose las manos y con los pies torpes.

—¿Misa?

Le habría sonreído, si fuera Padmé. En su lugar, sólo suavicé mi voz.

—Necesito tu ayuda, —dije.

MÁS TARDE

La Federación nos ha visto. Sólo hay una nave de combate en órbita sobre Naboo. Después de todo, controlan el planeta. No hay más necesidad de bloqueo.

Así que saben que estamos aquí. En unos minutos, estaremos aterrizando en el pantano gungan.

El planeta parece tan pacífico mientras nos aproximamos desde arriba. No hay señales de guerra, sólo los verdes profundos de los bosques y prados y los encantadores azules de los mares.

Pero en este planeta yace mi mayor desafío. Tendré que convocar todo lo que he aprendido y todo lo que sé. Tendré que encontrar cada gota de coraje que posea. Lo que yace por delante se llevará todo lo que soy, y pedirá más.

Escribiré de nuevo cuando pueda.



ENTRADA 14

LA ALIANZA

Localización:

PANTANO GUNGAN

Esperamos en el borde del pantano gungan. El olor frío y húmedo se sentía denso en mis pulmones. Mis pies se hundieron ligeramente en el barro. Los árboles por encima dejaban caer sombras en la superficie barrosa del lago.

Jar Jar había desaparecido bajo la superficie hacía algún tiempo. Haría el primer contacto con los gungans abajo en la ciudad burbuja de Otoh Gunga.

Todo el mundo miraba al punto donde él había desaparecido. Estaban todos impacientes por su regreso. También estaban irritados con la Reina, pero no podían mostrarlo.

No tenían ni idea de por qué habíamos aterrizado aquí, o por qué la Reina había mandado a Jar Jar abajo. No quería que Sabé revelara mi plan hasta que supiera que la primera parte funcionaría. Todo dependía de eso. Me envolví en mi capa y centré mi mente en lo que yacía por delante.

Finalmente, vimos las aguas separarse. El agua caía de la gran cabeza de Jar Jar. Lentamente, emergió y trepó hasta la orilla.

—Nay nadie alluí, —nos dijo.

—Probablemente se los hayan llevado a los campamentos, —dijo el Capitán Panaka.

—O los han eliminado, —dijo Obi-Wan, su mano en la empuñadura de su sable láser.

La decepción me dio como un golpe. Pero Jar Jar ya estaba sacudiendo su cabeza, sus orejas aleteando y volando. Dijo que probablemente los gungans estaban escondiéndose en su lugar sagrado.

Seguimos a Jar Jar lejos del lago, hacia las profundidades del pantano. No seguía ningún camino que pudiera ver. De vez en cuando oíamos el zumbido de un STAP de la Federación por encima, pero el denso follaje nos protegía de ser vistos.

Jar Jar se detuvo de repente en un pequeño claro. Los árboles aquí eran enormes, con gruesas raíces retorcidas como enormes serpientes deslizándose contra la tierra oscura.

Él alzó su cabeza e hizo un extraño ruido de parloteo. Un segundo más tarde, aparecieron gungans del bosque, montando en kaadus.

Jar Jar saludó a un oficial como Capitán Tarpals. El capitán no parecía contento de ver a Jar Jar.

—Nosa mos venidua ver ail jefe, —le dijo Jar Jar.

El capitán dio una mirada extremadamente poco amistosa a todos nosotros.

—Cuizás es hora die ayes paria todos vosa, —murmuró él.

“Hora die ayes” no sonaba a una buena señal. Los gungans formaron una escolta a cada lado de nosotros. Caminamos incluso aún más profundo dentro del pantano. Ahora la espesura bloqueaba cada diminuto parche de cielo. Era como si estuviéramos en una profunda burbuja verde. Una burbuja que olía a podrido.

Entonces empezaron a aparecer edificios en ruinas, de repente alzándose de la lujosa vegetación. Parte de una columna. Una estatua sin brazos ni torso. Algún tipo de arcada. Enredaderas retorciéndose alrededor de la piedra en descomposición, y zarcillos que iban por la hierba como dedos agarrándose a nuestros pies.

Llegamos a un claro lleno de refugiados. En un extremo había un gran templo en ruinas cubierto de enredaderas y musgo. Las enormes estatuas parecían como si una vez hubieran soportado el techo. Ahora no había techo, y las estatuas estaban rotas y yacían en el suelo. Un gran ojo de piedra me dio una mirada hostil.

Era tan extraño y místico. Los gungans nos miraban con ojos enfadados. ¿Nos había traído a una trampa?

Había tomado una decisión basándome en la necesidad desesperada, pero también en cómo me sentía por Jar Jar. Él era decente y bueno. ¿Pero qué hay de su gente? Podía ser la excepción más que la regla.

Un gungan rechoncho caminó hacia fuera, flanqueado por oficiales.

—Eil Jefe Nass, —susurró Jar Jar a la Reina.

Había entrenado a Sabé a bordo del transporte. Le había dicho exactamente qué decir, y cómo decirlo.

Ella dio un paso hacia delante.

—Soy la Reina Amidala de Naboo, —dijo ella en una voz clara—. Vengo en son de paz.

El Jefe Nass no parecía amistoso.

—Naboo grandue, —soltó enfadado—. Vosa sos los cue trajueron alias Mákinaks. Vosa icual die maluosos cue losa. Vosa muoriréis, pensa misa.

El Capitán Panaka y los guardias y pilotos de Naboo se tensaron. Los Jedi se contuvieron tan casualmente como siempre. Incluso cuando los gungans apuntaron sus electropicas hacia nosotros.

No fue un buen comienzo. El Jefe Nass era desdeñoso con la Reina en sus túnicas ricas. Vi la sombra de furia en sus ojos. Para él, la Reina Amidala era igual de culpable que la Federación por el daño que había acaecido a su gente.

¡Habla, Sabé! ¡Inténtalo de nuevo!

—Deseo formar una alianza… —empezó Sabé.

No funcionaría. Lo sabía, lo sentía en un resplandor de premonición. Sabé podía hacer muchas cosas como Reina. No podía hacer esto.

Amidala no podía mecer al Jefe Nass, tampoco. Padmé no podía hacerlo.

Ambas tenían que hacerlo.

Tuve que deshacerme de mi última defensa. Revelar mi mayor secreto.

¡No puedo! Pensé. Mi secreto era la fuente de cualquier poder que me quedaba. ¿Qué haría sin él? ¿Y si revelando quién era, terminaba fallándole a mi gente? ¿Y si, quedándome en silencio, perdía mi última y mejor oportunidad? Bajo mi túnica, sentí el colgante de japor de Anakin contra mi piel. Quizás era un símbolo de un nuevo poder que lograría. El poder de la verdad.

Mis rodillas temblaban mientras caminaba hacia delante.

—Yo soy la Reina Amidala.

De algún modo esperaba que exponer mi secreto crearía un vacío dentro de mí, y que el miedo entraría corriendo. Pero eso no sucedió. Me sentí *satisfecha*. Las dos partes de mí se juntaron. Casi pude escuchar el *clic* resonando mientras las dos contradicciones se volvían un todo.

—Sabé es mi señuelo y protección, —dije.

Oí a Erredós bipear suavemente detrás de mí. Anakin me miraba incrédulo.

Aún somos la misma, le dijeron mis ojos. Él bajó la mirada al suelo.

El Jefe Nass resopló con sospecha. Los gungans no bajaron sus electropicas.

—Lo siento por el engaño, —dije—. Era necesario. Aunque no siempre hemos estado de acuerdo, nuestras dos grandes sociedades han vivido lado a lado en paz durante generaciones. La Federación de Comercio ha destruido su mundo y el mío. Estáis escondidos. Mi gente está en campamentos. Si no actuamos juntos, todo se perderá para siempre. Le pido que nos ayude, Su Honorable.

No lo había ganado. Él seguía, con las piernas separadas, inmóvil. ¿Qué podía hacer para convencerle?

—Le ruego que nos ayude, —dije. Caí de rodillas ante él.

El Capitán Panaka y sus tropas jadearon. Sabía lo que estaban pensando. ¡Una naboo arrodillándose ante un gungan! Bueno, ellos se arrodillarían, también. ¿Qué nos decía

esta invasión sino que toda la gente de Naboo debía estar hombro con hombro y luchar como iguales?

—Somos sus humildes siervos, Jefe Nass. Nuestro destino está en sus manos, —dije.

Lentamente, uno a uno, se arrodillaron. Finalmente, los Jedi se arrodillaron también.

El silencio presionaba contra mis oídos. Incluso los pájaros canturreando estaban en silencio. Pareció una eternidad antes de que escuchara un extraño sonido de resoplido.

El Jefe Nass se estaba riendo.

—¡Tusa no pensa cue tusa mejore cue lios gungans! Misa guta esio. Cuizás nosa benos amicuos.

Y así, se formó la gran alianza de los gungans y los naboo. Ahora, a la batalla.



ENTRADA 15

EL PLAN

El ejército gungan se está preparando para la guerra. Se están preparando los kaadu, se están reuniendo armas. He mandado al Capitán Panaka y a un pequeño escuadrón de vuelta a Theed en una misión de reconocimiento.

El Jefe Nass nos ha traído a las praderas que rodean el pantano. Aquí es donde se llevará a cabo la gran batalla. Aquí es donde esperamos el regreso de Panaka. Todo depende de que se acerque lo suficiente a Theed como para reunir información.

MÁS TARDE

Panaka ha vuelto. Su misión tuvo éxito. Ha informado de que la mayoría de la gente está en campamentos, como sabíamos. Pero un par de oficiales y guardias han mantenido un movimiento de resistencia subterráneo. Ha traído de vuelta a tantos líderes como ha podido encontrar.

Añadió que el ejército de la Federación era mucho más grande de lo que habíamos pensado.

—Esta es una batalla que no podemos ganar, —me dijo con gravedad.

Era hora de revelar mi plan al fin. No necesitamos ganar la batalla. Sólo es una distracción. Mientras los gungans atraen al ejército droide lejos de Theed, entraremos en la ciudad a través de los pasadizos secretos por las cataratas. Una vez alcancemos el palacio, el Capitán Panaka creará una distracción. Un pequeño escuadrón entrará en el palacio y capturará al virrey. Sin él, los droides estarán perdidos y confundidos.

Pregunté a Qui-Gon qué pensaba del plan. No tengo más miedo de parecer débil si pido consejo.

Él parecía pensativo.

—El virrey estará bien protegido.

Pude ver la mente militar del Capitán Panaka trabajando. Vive en nuestro planeta pacífico, pero está bien entrenado en tácticas militares.

—La auténtica dificultad es llegar a la sala del trono, —dijo él—. Una vez estemos dentro, no deberíamos tener problemas.

Qui-Gon se giró hacia el Jefe Nass y le dijo que había una posibilidad de que muchos gungans fueran asesinados.

El Jefe Nass asintió. Estaba preparado para eso.

Yo había considerado eso, también. No quería que la libertad de Naboo estuviera sobre las espaldas de gungans masacrados. Ofrecí a nuestros pilotos como voluntarios para inmovilizar al ejército droide al destruir la Nave de Control Droide que orbita el planeta. Si podemos atravesar sus escudos de rayos y desconectar sus comunicaciones, los droides estarán indefensos. Los droides no pueden pensar por sí mismos… si destruimos la Nave de Control, estarán paralizados.

¿Atisbé una mirada de aprobación en la cara arrugada de Qui-Gon?

—Un plan bien concebido, —dijo él—. Pero hay un gran riesgo. Las armas de vuestros cazas no pueden penetrar los escudos.

Obi-Wan habló por primera vez.

—Hay un gran peligro. Si el virrey escapa, Su Alteza, volverá con otro ejército droide. Y estoy seguro de que no mostrará piedad.

Un estremecimiento me recorrió. Tenían razón.

—Es por lo que no podemos fracasar en llegar al virrey, —dije—. Todo depende de eso.

Partimos hacia Theed en una hora.

MÁS TARDE

Conozco bien la ruta a través de las cataratas. Alcanzamos la plaza sin ser vistos. Los droides de combate y los tanques estaban agrupados en la amplia plaza.

—Nos dividiremos aquí, —dijo Panaka en un tono bajo—. Mantendré un escuadrón a este lado y crearé una distracción. Su Alteza, su grupo se dirigirá hacia el hangar principal. Tenemos que llevar a esos pilotos al aire.

Yo asentí. Qui-Gon, Obi-Wan, Anakin, Erredós, Eirtaé y yo nos dirigimos hacia el hangar. Sabé, aún en su vestido real, permaneció con el escuadrón de Panaka.

Se sentía muy extraño ir a hurtadillas por la plaza por la que una vez caminé tan libremente. Ahora estaba agachada, bláster en mano, preparada para hacer lo que tuviera que hacer.

Oímos el sonido de fuego de bláster tras nosotros. Panaka había empezado la distracción.

Qui-Gon me urgió a darme prisa.

Cuando irrumpimos en el hangar, recibimos fuego de inmediato de los droides de combate. Qui-Gon y Obi-Wan reflejaron el fuego de láser con sus sables láser. Yo me lancé tras una pared y miré ansiosamente en busca de Anakin. Él estaba agachado tras un caza. A salvo de momento.

Apunté a un droide de combate y disparé. Había sido entrenada en el manejo de armas, pero esta era la primera vez que apuntaba a un enemigo. El droide de combate cayó.

Mis instintos entraron en juego. Con los Jedi detrás de mí, no tenía miedo.

Grité a los pilotos que fueran hacia las naves. Dos pilotos fueron capaces de despegar. Pero los droides fueron capaces de posicionar un tanque para reventarles con un cañón láser. Una de las naves explotó.

Pero una pasó.

El Capitán Panaka irrumpió en el hangar, disparando fuego de láser. El último de los droides cayó. Más pilotos corrieron hacia las naves restantes.

—¡Tenemos que llegar al palacio! —grité a Qui-Gon. Él asintió.

Se giró hacia donde Anakin estaba escondido tras un caza de Naboo.

—¡Quédate aquí, Annie! —gritó él.

Empezamos a correr hacia la salida. Pero antes de que la alcanzáramos, una figura con capa negra llenó la apertura. No alargó el brazo a por ningún arma. Simplemente estaba ahí.

Su aura maligna invadió el hangar como una niebla desagradable y nauseabunda. Era el guerrero oscuro que había luchado con Qui-Gon en Tatooine. El que casi le destruye.

—Nosotros nos encargamos de esto, —dijo tenso Qui-Gon.

Sentí miedo por primera vez ese día.

—No, —susurré.

Sus ojos se encontraron con los míos un breve momento. Ese azul vívido me transmitió sus pensamientos, tan claros como si los hubiera dicho.

Así es como debe ser. Tú tienes tu propia parte que hacer. Ve.

No quería abandonarle. Pero le obedecí, una última vez. Corrí fuera del hangar con el Capitán Panaka, mis doncellas, y el resto de soldados de Naboo.

Me dirigí hacia el palacio. Y dejé a Qui-Gon atrás.

Las entradas de palacio estaban fuertemente protegidas por droides de combate. Sería un suicidio intentar entrar por ahí. Además sería mejor entrar tan cerca de la sala del trono como pudiéramos.

Corrimos al lateral del palacio que sobrevolaba la catarata. El sonido del agua corriendo golpeó nuestros oídos, y sentí el espray en mi cara. El Capitán Panaka y algunos de sus soldados dispararon cables que se anclaron en un alto saliente.

Escalamos la pared exterior del palacio. El Capitán Panaka reventó una ventana. Nos colamos dentro. La sala del trono estaba a tan solo un par de pies de distancia.

—Que todo el mundo permanezca unido, —advirtió Panaka. Intercambié una mirada con Sabé, y ella se movió hacia la parte posterior del grupo. Era la única parte del plan que mantuve en secreto de los otros. Tomé una posición junto a Panaka.

De repente, droides destructores aparecieron enfrente de la entrada a la sala del trono. Sus blásters estaban apuntándonos directamente. Miramos al otro extremo del pasillo. Otro grupo de droides destructores apareció.

¡Atrapados!

—Bajad las armas, —dije. Dejé caer mi bláster de mi mano. Claqueteó en el suelo—. Ellos han ganado esta ronda.

El Capitán Panaka me miró, incrédulo. Le ordené a él y a sus oficiales que arrojaran sus armas. Reluctantes, lo hicieron.

Los droides nos rodearon. Nos llevaron a la sala del trono, donde Nute Gunray estaba esperando. Él me miró un largo momento, y yo encontré su mirada con frialdad. Vi el inicio de reconocimiento en sus ojos. Y entonces el desdén.

—Su pequeña insurrección ha fracasado, Su Alteza, —me dijo, utilizando mi título como insulto—. Es hora de que firme el tratado.

Desde detrás de mí, oí la voz de Sabé.

—No firmaré ningún tratado, Virrey. ¡Porque has perdido!

Nute miró dos veces. Los guardias neimoidianos miraron desde Sabé hasta mí y volvieron. Antes de que pudieran reaccionar, Sabé se giró y huyó.

—¡Tras ella! —Gritó Nute a los guardias—. ¡Esta es un señuelo! ¡Coged a la Reina!

Seis de los droides corrieron tras Sabé. Nuestras probabilidades estaban mejorando.

—Vuestra Reina no se escapará con esto, —me siseó Nute.

Yo me tambaleé, hacia atrás, como si la derrota hubiera derrotado mis músculos. Caí en el trono detrás de mí. Mientras pretendía estar derrotada, mis dedos frenéticamente buscaban un botón de seguridad oculto.

¡Lo encontré! Un panel en mi escritorio se deslizó abriéndose en silencio. Una caja de blásters estaba oculta allí. Aunque Naboo había desalentado las armas, estaba acordado que la Reina necesitaría una última línea de defensa. Los blásters estaban guardados en perfectas condiciones de funcionamiento.

La lancé uno a Panaka, y uno a su primer oficial. Entonces disparé al último droide de combate. Activé la puerta de seguridad de la sala del trono, que se cerró deslizándose. El oficial de Panaka intervino en los controles cerca de la puerta.

Apunté con mi bláster a Nute mientras lanzaba más pistolas a los oficiales de Naboo.

—Ahora, —dije—, creo que es hora de que renegociemos, Virrey.

Nute se rió.

—No sea absurda. Aún están superados en número. Los droides de combate irrumpirán a través de esa puerta en unos minutos.

Me acomodé en el trono y mantuve el bláster apuntando a su pecho.

—Ya lo veremos.

—Esto sería entretenido si no fuera tan patético, —dijo Nute—. Vamos, vamos, Su Alteza. Está jugando a la guerra como una niña. Tengo un *ejército* ahí fuera.

—Y yo tengo un bláster apuntando a tu pecho, —dije con calma.

Él parecía un poco nervioso.

—Ahora, no dije que no pudiéramos negociar. El tratado…

Fue interrumpido por el sonido de los droides reventando la puerta de fuera. Su expresión se aclaró, y él sonrió.

—Ahí. Una palabra mía en un sentido u otro, y ellos la cortarán en dos o la salvarán, Su Alteza. Su elección.

La puerta se sacudió bajo la presión. Panaka me lanzó una mirada nerviosa. Otra explosión de láser hizo que los bornes se fundieran.

—Ya ve… —Empezó Nute. Se detuvo. Todo era silencio fuera en el pasillo.

—¿Qué…? —Nute miró a la puerta como si pudiera hablar—. ¡Seguid disparando, idiotas!

La esperanza saltó en mi pecho. Me incliné y alcé la pantalla de visualización.

El piloto líder de Naboo apareció. Parecía exhausto. Triunfante.

—Lo hicimos. Misión cumplida, Su Alteza. ¡Mire!

La cámara de la cabina de mandos estaba ahora apuntando al montón ardiendo que solía ser la Nave de Control Droide. Los ánimos de los pilotos resonaban a través de la sala del trono. Cerré los ojos un momento. Naboo era libre. Los droides de combate se habían apagado. Cuando volví a abrir los ojos, Panaka me estaba sonriendo.

—Es imposible, —susurró Nute. Su voz se elevó a un gemido—. ¡Imposible!

Extendí el brazo hacia el escritorio y cogí el tratado. Lo partí en dos y le lancé los pedazos a la cara.

—¡Aquí está tu tratado, Virrey! Siento no poder firmarlo.



ENTRADA 16

CELEBRACIÓN Y LUTO

Localización:

NABOO

Naboo es libre. La alegría ha mandado a la gente a las calles. Pero yo no estoy entre ellos. Visitaré a la familia de cada soldado gungan y naboo que haya perdido su vida. No llevaré túnicas ceremoniales. Vendré como una persona, no una Reina. Y con cada paso que dé, lloraré mi propia pérdida privada.

Qui-Gon está muerto.

Murió valientemente. Por supuesto que murió valientemente. Obi-Wan me contó los detalles. Cómo lucharon contra Darth Maul hacia las entrañas del generador de energía junto al hangar. Cómo Qui-Gon volvió una y otra vez a golpear al guerrero oscuro. Pero fue Qui-Gon quien recibió el golpe mortal. Le quedó a Obi-Wan el matar a Darth Maul.

Fue difícil para Obi-Wan contarme esas cosas. Siempre valoraré su amabilidad al venir a verme, sabiendo que querría escuchar sobre el terrible suceso de él.

Anakin sufre. En medio de mi tristeza, estoy orgullosa de él. Carga con su pena valientemente. Anakin es el héroe de la gran batalla de Naboo. Me quedé impresionada de escuchar que había sido él el que había golpeado la nave de la Federación y la había aniquilado. Nunca había pilotado un caza antes, sólo una Vaina de carreras. Aún así voló al espacio, hacia la nave de la Federación, directamente hacia su hangar, y voló su reactor.

Bueno. Quizás no estoy tan sorprendida después de todo.

Hoy es un día de luto. Debo parar ahora. Hoy, celebramos la vida de Qui-Gon.

AL DÍA SIGUIENTE

El funeral de Qui-Gon fue atendido por muchos Maestros Jedi y tanta gente de Naboo que pudiera entrar en la plaza. Después, fui a ver a Obi-Wan.

La gente había pedido un desfile de victoria, y se había programado uno. Quería cancelarlo. Un desfile jocoso se sentía mal, con Qui-Gon muerto.

La cara de Obi-Wan estaba contraída de tristeza. La muerte de Qui-Gon le había afectado profundamente. Pero pareció suavizarse cuando obtuvo mis condolencias.

—Qui-Gon era un Maestro Jedi, —dijo él—. Lo que significa que era un hombre serio. Quizás lo encontraba… ¿un poco demasiado solemne a veces?

Sonreí a través de mis lágrimas.

—A veces.

—Lo que puede que no sepa es que no sólo valoraba la celebración, la disfrutaba, —dijo Obi-Wan—. Creía en su causa, Su Alteza. Habría querido que marchara a la cabeza del desfile de victoria. Y habría querido que disfrutara cada minuto de él.

Pensé en las palabras de Obi-Wan. Finalmente, asentí.

—Entonces me iré. Pero sólo si marchas junto a mí. Es tu victoria también. Tuya y de Qui-Gon.

Obi-Wan lo consideró.

—Si lo desea, Su Alteza, —dijo lentamente—, entonces estaré honrado.

—Entonces celebraremos su victoria mañana, —accedí suavemente—. Y lloraremos su pérdida por siempre.

CELEBRACIÓN

Los niños lanzaban flores, y los gungan y los naboo marcharon lado a lado. Las calles están llenas de canciones y risas de nuevo.

Palpatine se unió a nosotros para el desfile. Ha sido nombrado Canciller Supremo. Espero que esa posición asegure el futuro de Naboo.

Anakin me ha dicho que estudiará con Obi-Wan como aprendiz de Jedi. Aparentemente han roto cada norma por el chico. Así de prometedor es.

Antes del desfile, Anakin y yo nos dimos un adiós privado.

—Te veré de nuevo, —me prometió de esa forma feroz y seria que tenía.

Le toqué la mejilla.

—No tengo dudas de que lo harás, —le dije—. Nuestros destinos están enlazados, Anakin. Eso lo sé.

Durante el desfile, mire sobre las multitudes animando de gungans y naboo. Mi precioso mundo esmeralda es libre. Hemos logrado la paz. Los campamentos han sido demolidos. La gente ha vuelto a sus hogares.

Me volví hacia Obi-Wan.

—Me alegro de que haya acabado, —le dije—. He ido a la guerra, pero valoro esto sobre todo lo demás. —Hice un gesto hacia la multitud—. La paz.

—La paz es por lo que luchamos, —estuvo de acuerdo Obi-Wan—. Y espero que nunca tengas que luchar de nuevo. Pero no estoy seguro de que podamos escoger nuestros destinos por completo.

¡Esos Jedi y su sabiduría! Estoy sonriendo ahora, recordando a Qui-Gon. Él tenía ese mismo hábito enfurecedor de tener la razón.

Sí, Obi-Wan. Tengo que admitirlo, pero tienes razón. ¿Quién sabe lo que yace por delante? El destino es un enredo. Sólo podemos seguir un hilo.